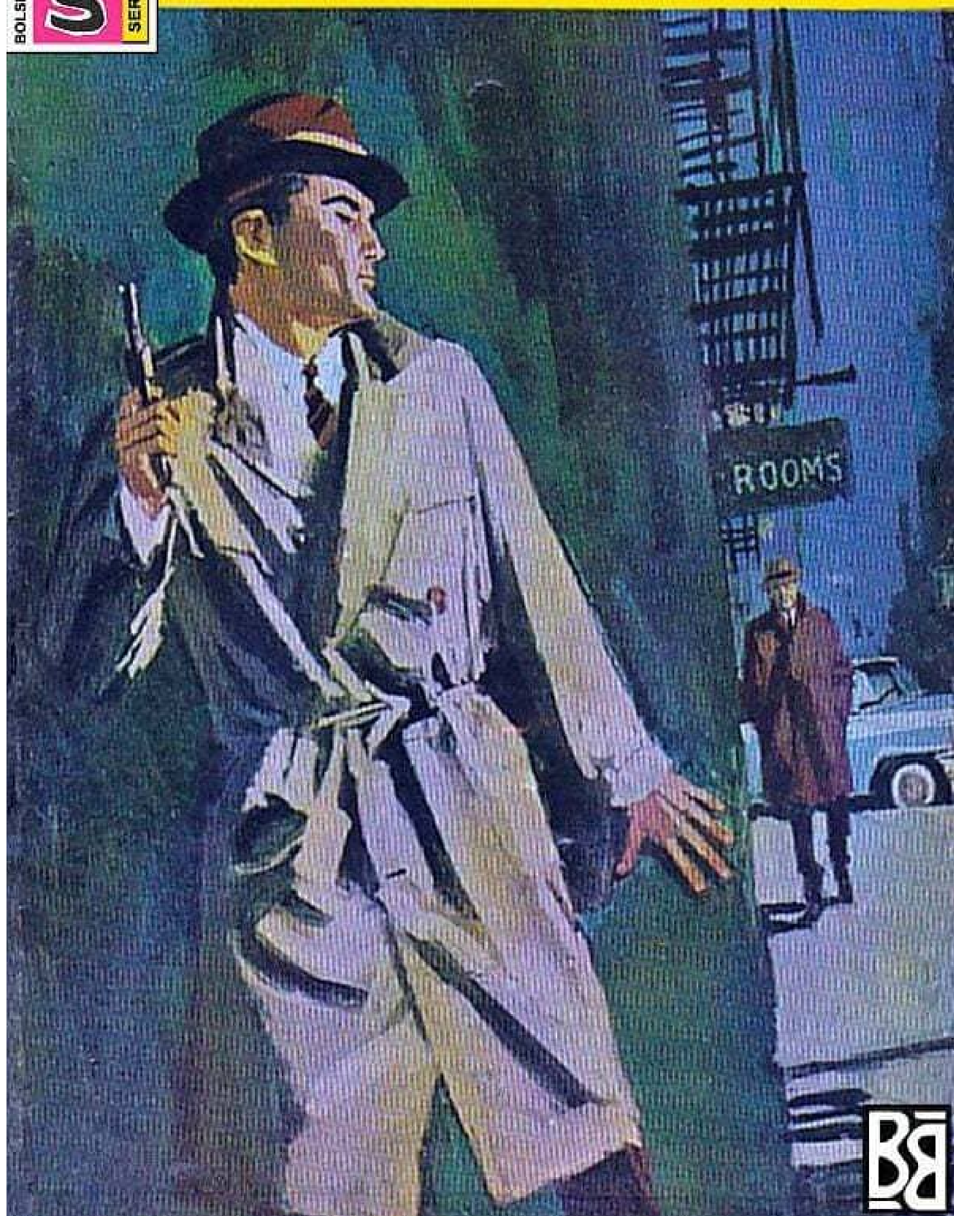
BOLSILIBROS BRUGUERA

SERVICIO SECRETO

¡YO NO MATE A FORREST!

alar benet



Los dos hombres y la mujer se detuvieron en la ancha acera, tambaleantes.

La noche era cálida. En el cielo parpadeaban las estrellas, como si se burlaran de unos seres que buscaban la alegría en el alcohol.

—No cantamos mal del todo, ¿verdad, Emily? —inquirió un joven de unos veinticinco años que, apoyado en el brazo de sus camaradas, hacía inauditos esfuerzos por mantenerse en pie.

—¡Eres un artista! ¡Tiemblo pensando en una posible competencia!

El que había hablado primero se detuvo, y con la seriedad característica de los beodos, dijo:

—No será posible, aunque me agradaría. Cualquier cosa es mejor que reparar automóviles en un mísero garaje. ¡Eres insustituible, Emily! No puede imitarte nadie.

La mujer sonrió complacida mostrando una blanca dentadura tras los labios rojos y sensuales.



Alar Benet

¡Yo no maté a Forrest!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 773

ePub r1.0
LDS 13.11.17

Título original: *¡Yo no maté a Forrest!*
Alar Benet, 1965
Cubierta: Ángel Badia
Ilustración: Costa
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





ALAR BENET

¡YO NO MATE A FORREST!

Colección SERVICIO SECRETO
n.° 773 Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Capítulo primero

Los dos hombres y la mujer se detuvieron en la ancha acera, tambaleantes.

La noche era cálida. En el cielo parpadeaban las estrellas, como si se burlaran de unos seres que buscaban la alegría en el alcohol.

—No cantamos mal del todo, ¿verdad, Emily? —inquirió un joven de unos veinticinco años que, apoyado en el brazo de sus camaradas, hacía inauditos esfuerzos por mantenerse en pie.

—¡Eres un artista! ¡Tiemblo pensando en una posible competencia!

El que había hablado primero se detuvo, y con la seriedad característica de los beodos, dijo:

—No será posible, aunque me agradaría. Cualquier cosa es mejor que reparar automóviles en un mísero garaje. ¡Eres insustituible, Emily! No puede imitarte nadie.

La mujer sonrió complacida mostrando una blanca dentadura tras los labios rojos y sensuales.

Miró al joven con afecto y repuso:

—Eres muy amable, Steve. ¿Ves doble?

—No, preciosa. Es cierto que el champaña se me ha subido a la cabeza por falta de costumbre. ¡Mis ingresos no me permiten determinados lujos! Sin embargo, soy sincero al decirte que eres la cínica más encantadora de la ciudad.

—Tiene razón, Emily. No seas modesta —terció el que permaneciera hasta entonces en silencio—. Os invito a terminar la juerga en mi casa. Poseo un hotelito muy cerca de aquí, en Halsted Street.

—Yo quisiera marcharme… Estoy algo cansada —se disculpó la muchacha.

Steve Waring, al oírla, rogó:

—Tardaremos en volver a vernos. Déjame prolongar en lo posible la presente felicidad.

—Accedo por ti. El señor Forrest y yo nos encontramos, quizá, con demasiada frecuencia.

Había un leve tono irónico en la voz de la mujer. El aludido, hombre corpulento que bordeaba la cuarentena, sonrió debajo de su ancho y negro bigote. Estaba considerado como uno de los mejores criminalistas de Chicago y gozaba de la estimación popular. Era el más sereno del grupo. Comentó:

—No pareces tenerme mucha simpatía, Emily. Ya sé que llevo todas las de perder si me comparas físicamente con Steve. La vida sedentaria y el exceso de horas de despacho me han cubierto de una capa de grasa que de ninguna forma puedo eliminar. El trabajo me ata de tal forma que no dispongo ni aun del tiempo preciso para hacer gimnasia. No obstante le llevo ventaja en experiencia y en fortuna. El es demasiado joven para ti. Necesitas, además, quien te domine. Tienes demasiados caprichos que no puedo concederte y te faltan algunos que no vacilaría en darte. ¿Me comprendes?

—De sobra, Douglas; pero no es ésta la ocasión de hablar de ello. Se trata de aceptar esas copas que nos has prometido. ¿Vamos? Si seguimos parados nos van a confundir con un grupo de estatuas.

El joven Steve Waring rió.

—Mejor dirías árboles…, ¡y bien regados, por cierto!

Soltó una estrepitosa carcajada. En su cerebro, confusas, se agolpaban las palabras de Emily Bolt, la cantante del *night-club* del bulevar Washington. Estaba demasiado borracho para meditarlas y entonó una popular canción. Como ninguno de sus amigos le secundara se volvió a ellos.

—¿Os va a dar llorona?

—No. Estamos cerca de casa. No armes escándalo. Gozo fama de hombre serio.

Abrió la verja de hierro del chalet y, a través de un pequeño jardín, llegaron a una puerta que Douglas Forrest franqueó, desembocando en un amplio *hall* primorosamente decorado, del que partía una escalera. Aunque eran las tres y media de la madrugada, el mayordomo, un individuo enteco, de anémica contextura y rostro anguloso, inquirió:

—¿Desea algo el señor?

—Nada, Wheaton. No has debido esperarme. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien del todo. Lo de la mañana fue solo un ataque de tos.

—Me alegro. Vete a dormir.

El sirviente, clavando sus ojos inquisitivos en Emily Bolt y Steve Waring, desapareció. El abogado les explicó mientras subían:

—Tiene una lesión cardíaca complicada con asma. Es tan testarudo que no quiere ponerse en cura. Lleva varios años a mi servicio. No le he despedido porque es muy útil. Se esfuerza en adivinar mis menores deseos. Entremos en la biblioteca. Es mi habitación preferida.

La estancia era amplia, cubiertas las paredes de estanterías repletas de volúmenes. En uno de los rincones, una mesa de trabajo, y ante ella un amplio tresillo. Dos enormes candelabros de bronce eran los únicos adornos. Forrest se apresuró a explicar:

—He prescindido de lo que no sea útil. Si vienes a verme y te dicen que no estoy, ten la casi absoluta seguridad de que me encuentro aquí revolviendo librotes. Cada día son más difíciles los pleitos. Sentaos.

De un pequeño mueble bar sacó copas y botellas. Steve murmuró:

—Debes ganar mucho dinero, Douglas. Trabajando en mi oficio jamás tendré una casa así. ¿Es muy difícil hacerse abogado?

—No —respondió sonriendo el aludido—. Lo más duro es acreditarse. Brindemos a la salud de mi nuevo amigo Waring. No te intimides, muchacho. Los hombres honrados gozan de mi estimación y tú lo eres.

Chocaron los vasos. Steve, sirviéndose de nuevo, se sentó en la butaca.

—Yo quiero ser tan rico como tú, Forrest. Has de decirme el procedimiento.

—Cuando te serenes. Ahora descansa un rato.

El beodo accedió, hundiéndose más en el sillón.

—Deseo ser millonario… Tienes que…

No terminó la frase, recostando la cabeza en el respaldo. Emily Bolt miró con fiereza a Douglas.

—¡Supongo que no se te ocurrirá complicarle en tus sucios

negocios! No lo permitiré.

—¿Le amas?

—Su hermana y yo fuimos compañeras de colegio. Su padre era un hombre acaudalado que murió a manos de una cuadrilla de «gangsters». La herencia se la repartieron entre unos cuantos individuos que demostraron ser acreedores de la familia. Quedaron en la ruina. Los dos muchachos han alquilado un pequeño piso en West 46th Street, en las proximidades del Canal de Michigan. Su existencia es humilde, pero feliz. ¡No despiertes su ambición!

—Te has vuelto muy sentimental, Emily, olvidándote de que hago siempre lo que se me antoja. Creo que está enamorado de ti, y como para conseguirte hace falta mucho dinero voy a facilitarle el medio de que lo obtenga. En definitiva, tú serás la beneficiada.

—¡Miserable!

—No dramatices, querida. Hablo por experiencia. La otra tarde me entretuve en hacer la cuenta de lo que me costaron tus besos. Automóviles, collares, temporadas en Florida… Unos quinientos mil dólares.

—Eres un… un… canalla.

La ira apenas si dejaba articular palabra a la mujer que, ataviada con un traje de noche blanco, estaba hermosísima. Forrest, burlón, sugirió:

—Bebe un poco. Se te pasará. Creo que equivocaste el camino. En vez de cantante hubieras sido una magnífica actriz de carácter. ¿Cuánto?

Se llevó la mano a la cartera, con una sonrisa cínica en sus ojos sin brillo.

—¡Nada! Me sobra tu dinero. Hace tiempo que todo acabó entre nosotros. Aprendí a conocerte. Eres cruel, diabólico. ¿Qué ganas torturando a tus semejantes?

—¡Es el desquite que me tomo con el género humano, con los que despreciaron mi talento llevándome a la miseria y a la desesperación! Odio a los que me rodean. A ti también.

El rostro de Douglas se había contraído espantosamente. La muchacha, mirándole con asombro, habló:

—No te conocía bajo esa personalidad. El alcohol es peligroso. Desata tu lengua. Óyeme. No volveremos al pasado. Te quise, engañada por tu reputación de hombre honorable, seducida por tu

prodigalidad. Me di cuenta tarde de mi error. A veces he sentido tentaciones de delatarte.

—No lo harás. Tengo en mi poder una pistola con tus huellas dactilares. La misma que disparó contra Richard Fox. Fuiste muy generosa al salvarme y te uniste a mi carrera de crímenes.

—Debí permitir que te matara.

—Cometiste ese error, querida. Pero… dejémonos de amargos recuerdos. Llevaba varios días intentando hacerte venir, sin conseguirlo. Esta noche aproveché la circunstancia de reconocer al que se hallaba contigo. Soy buen fisonomista. Me arregló tres veces el automóvil. Supuse que no querías dar un escándalo.

—¿Y por qué no?

—No te ligaba el afán de lucro sino la amistad o el amor. Accediste a subir porque él te lo pidió. ¿No es así?

—En efecto —replicó secamente Emily.

—Como verás —continuó el abogado—, no he perdido mis facultades de investigador criminalista.

—Criminal diría yo mejor.

—Exageras. Pago a otros para que eliminen a los que me estorban. Necesito que me ayudes. En mi negocio necesito una mujer como tú: hermosa, simpática, valiente… Reúnes esas cualidades. Te daré el quince por ciento de los beneficios.

—No acepto.

Forrest chasqueó la lengua.

—¡Vaya que sí! Me bastará con enviar a la policía, anónimamente, el arma de que antes te hablé y tu pañuelo sucio en sangre.

—Me defenderé denunciándote.

—No te creerán, Emily. No puedes probarme nada. La «silla» o la riqueza. Tienes cinco minutos para decidir.

Se sirvió una copa de *brandy*, bebiendo con deleite. Luego encendió un cigarrillo mientras contemplaba con desprecio a Steve Waring.

—Tú y él seréis mis auxiliares.

—¡No, él no! —gritó la joven con angustia—. Escúchame, Douglas. Perdona si antes te ofendí. Te obedeceré. ¡No hagas de ese muchacho un fuera de la ley!

Emily Bolt, destrozado su sistema nervioso, sollozó.

—Mucho le quieres.

—Sí… Es inútil negarlo. Él no lo sabrá nunca. No soy la mujer que necesita. Sería horrible que me casara con él y en un mañana no lejano fuera la policía a detenerme como autora de un crimen.

—Empiezo a envidiarle, no por ti, de quien me cansé hace tiempo, sino porque debe ser hermoso inspirar esos sentimientos. Nunca se sacrificó nadie por mí. Todo lo obtengo con dólares.

Hubo un largo silencio. Emily creyó haber conmovido a aquel hombre cruel. Pronto pudo convencerse de su error.

—Tengo organizado el contrabando de diamantes, pero recientemente me capturaron algunos hombres. Los aduaneros de Nueva York adquieren de día en día más experiencia. Habrás de hacer varios viajes a Europa. Te facilitaré detalles de los principales centros bolsísticos. Las piedras centuplican aquí su valor si no pagan impuestos. De una mujer sospecharán menos. Ya te diré dónde debes ocultarlas. En el tacón de tus zapatos, en tu pelo, en los adornos del bolso… En el primer viaje irás con tu hermano a reponerte de una enfermedad. Steve Waring te acompañará.

—No…

—Sí. Él lo va a decidir. Por si fuera poco le contaré lo nuestro. A mi alrededor sólo quiero odio…, ¿me oyes…? ¡Odio!

Los ojos de Forrest brillaban como carbunclos, mientras, en pie, contemplaba al joven, que despertaba del letargo en que el *whisky* le había sumido. Emily Bolt hurgó en su bolso, sacando una pistola de pequeño calibre.

—¡Vete a aquel rincón o te mato, Douglas! ¡Pronto!

El amenazado miró sorprendido a la cantante.

—¡Tira eso!

—¡Obedece o disparo!

Steve Waring, con los ojos turbios por la borrachera, contemplaba la escena en silencio. Vio avanzar hacia la muchacha al abogado y oyó la voz de Emily:

—¡Quieto te digo! ¡No toleraré que le mezcles en tus asuntos criminales! ¡Eres un estafador! ¡Un indeseable! Aunque muera electrocutada ha de saber el mundo el gran hipócrita que se oculta tras tu máscara. ¡Vuélvete de espaldas!

Douglas simuló que obedecía para, aprovechando que la joven desviaba unos segundos la mirada en dirección a Steve, abalanzarse

hacia ella, arrebatándola el arma, que cayó al suelo.

Waring, tambaleándose, se acercó al abogado.

—Oye, amigo. A esa mujer no la molesta nadie. Voy a partirte la cara…

—¡Apártate, borracho! —despreció Forrest, tirándole al suelo de un manotazo. Después, volviéndose a Emily Bolt, exclamó sordamente—: ¡Te voy a matar de una paliza, maldita!

La joven retrocedió unos pasos, con la mirada fija en la automática. Se agachó a recogerla y de nuevo los dedos de Douglas se aferraron en torno a su muñeca. Forcejearon.

—¡Suéltala! ¡Suéltala! —gritó Steve Waring, buscando con qué defenderla. Al fin, esgrimió uno de los grandes candelabros y avanzó hacia el abogado en el momento que sonaba un disparo y Emily se desplomaba. Forrest, inmóvil, contempló a la mujer, cuyo blanco vestido se tornaba rojo por momentos.

Oyó un ruido a su espalda y cuando quiso volverse era tarde. El objeto de bronce se abatió sobre su cráneo.

Steve Waring se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Su borrachera se disipó e inclinándose sobre la joven pudo comprobar que aún respiraba.

Pensó que la detonación atraería gente y una palabra se fue agigantando en su cerebro: ¡Huir!

Giró la vista en torno suyo, apoderándose de la pistola. ¡Pobre del que se atreviera a cruzarse en su camino!

Con las manos manchadas de sangre se asomó a una de las ventanas que daban al jardín. No quería salir por la puerta para no tropezarse con el mayordomo. Saltó, flexionando las piernas, y de varias zancadas llegó a la verja, que traspuso.

Una vez en la calle, el ataque de pánico se agudizó al mirarse las manos manchadas de sangre. ¡Había matado! ¡Era un asesino!

Se estremeció.

Tardó unos minutos en llegar al parque de la Unión, en una de cuyas fuentes se libró de los rojos vestigios. Luego, extrañado de que las sirenas de la policía no turbasen la paz de la noche, se encaminó al hotel de Douglas Forrest. El disparo no llamó la atención de nadie.

Desde la acera vio al mayordomo abandonar la casa, portando en sus manos una gruesa cartera de cuero negro. Encendió un

cigarrillo. ¡No! ¡Aunque se jugase la vida y la libertad no podía dejar que Emily muriera desangrada!

Fue a cruzar Halsted Street, pero se detuvo a tiempo. Dos automóviles de la Metropolitana acababan de doblar la esquina del bulevar Washington, frenando en seco delante del chalet.

Steve, comprendiendo que de seguir allí sería capturado, corrió hasta llegar a la West 12th Street, tomando un taxi. Necesitaba cambiarse de ropa. Después… Sonrió más confiado. Su amigo Joss Temple, inspector del
F. B. I.,
le sacaría del apuro…

* * *

Mientras tanto, en la residencia de Forrest, el grupo de policías tomaba el máximo de precauciones para penetrar en el edificio.

—¡Suba usted conmigo, Lynn! Los demás que rodeen la casa.

Con las pistolas firmemente empuñadas, el capitán Gilbert Ellis, de la Metropolitana, y el sargento Hugh Lynn ascendieron por la escalera que conducía al piso superior. Una puerta entornada les puso en guardia. Se acercaron con las máximas precauciones y a sus ojos se ofreció un cuadro espantoso. Una muchacha, con el blanco vestido empapado de sangre, yacía en el suelo, al parecer sin vida. El teléfono de la mesa de despacho estaba descolgado.

—¡Atención, sargento! Nos avisó una voz de hombre. Quizá esté oculto, aunque no es probable.

Entraron en la biblioteca. Los pulsos de la joven, aunque débilmente, latían en un leve mensaje de vivencia. Lynn se arrodilló junto a ella comprobando la gravedad de la herida.

—Capitán. Hay que avisar a un médico.

—Ya está en camino, Hugh. Mire ese reguero de sangre que se pierde detrás de la cortina.

Con las armas en disposición de disparar alzaron la gruesa tela de raso encontrándose en un dormitorio. Una «Germán Luger», tirada en el centro de la estancia, llamó la atención del sargento Lynn, que se agachó a recogerla.

No pudo reprimir una exclamación al ver unos pies que asomaban por debajo de la cama. Venció su repugnancia y tiró de

ellos saneando el cadáver de un hombre con el cráneo destrozado.

—Ahí le tenemos, capitán. No pudimos llegar a tiempo. Ahora comprendo la angustia de su voz al avisarnos. Le debieron golpear cuando me hablaba. El mensaje fue interrumpido por un grito. Menos mal que dio primero las señas. Nos hallamos ante un doble asesinato.

—Así es, Lynn.

—Recorramos la casa. Es posible que aún nos aguarden más sorpresas.

En el despacho, los cajones en el suelo y el mueble archivo, abierto de par en par corroboraron las palabras del capitán, que comentó:

—Es posible que nos encontremos ante un delito vulgar con el robo como móvil. ¿No le resulta extraña la ausencia de criados?

—Si le parece, investigaré en el hotel vecino para que me respondan a unas preguntas.

—Le acompaño. Es una buena idea.

En el *hall* el capitán dio varias instrucciones a los agentes, saliendo.

Tardaron en abrirles. Al fin apareció un hombre de unos cincuenta años, prematuramente envejecido.

—¿Qué desean?

—Somos de la policía. Quisiéramos ver a sus señores.

—Pasen, aunque les va a ser difícil. Salieron hace unos meses de Nueva York. Iban a Europa en viaje de novios. ¿Ha ocurrido algo?

Ya en el recibimiento, Gilbert Ellis dijo:

—Se cometieron dos asesinatos. ¿Vive solo?

—Sí.

—¿No oyó una detonación, hará aproximadamente quince minutos?

—No, señor.

El sargento Lyn le interrumpió con brusquedad:

—¿A qué obedecía su temblor al abrimos?

—Soy un alcohólico.

—Ya. ¿Quién vivía al lado?

—Douglas Forrest, abogado. El mayordomo era un tal Wheaton. Marchó a California hace una semana a intentar curarse de una afección cardíaca. Es cuanto puedo decirles.

—Gracias. Si le necesitáramos le llamaremos a declarar. Adiós.

Los de la Metropolitana salieron de la casa.

—¡Forrest! —comentó en alta voz el capitán—. Es posible que las cosas se compliquen. Puede tratarse también de una venganza.

En silencio llegaron al jardín, tropezando con dos sanitarios que portaban una camilla. Un médico les acompañaba.

—¿Se salvará, doctor Webster?

—No puedo anticiparles nada. La herida es gravísima.

—Necesitamos su declaración. ¿Vino el forense?

—Sí. Arriba les espera.

Media hora después el hotel se llenaba de hombres. Eran los especialistas a la busca de datos y huellas dactilares. La gran máquina policíaca de los Estados Unidos entraba en acción…

CAPÍTULO II

—Esto es todo, Joss. ¡Te juro por lo más sagrado que he dicho la verdad!

—Lo sé, Steve. Tranquilízate. Es un feo asunto, pero buscaremos una solución. Va a amanecer dentro de media hora. Cuando los periódicos publiquen la noticia me personaré en Jefatura para enterarme de los detalles. A la vista de ellos decidirás. Ya te dije que has venido en el peor momento. Voy a Washington en el avión de las tres de la tarde. No puedo aplazar el viaje.

Los dos hombres callaron. Estaban en una confortable sala del piso que en Wester Avenue tenía alquilado Joss Temple, inspector del
F. B. I.
y gran amigo de los Waring.

—¿Le has dicho algo a tu hermana?

—No. ¡Me duele darle ese disgusto!

—Debiste hacerlo. Hay muchas cosas extrañas en tu relato. ¿Por qué acudió la policía si no oyeron el disparo? ¿Quién la avisó?

—Tal vez el mayordomo.

—Entonces, ¿a qué obedece su huida, expuesto a que le acusen por un delito que no cometió? ¿Estás seguro de que Emily llamó a Douglas estafador y criminal? No nos calentemos la cabeza con absurdas hipótesis. Te convendría dormir. Iré a los talleres de «La Tribuna» para que me den el primer ejemplar. Vendré tarde. He de arreglar algunas cosas de mi viaje.

Steve Waring vaciló.

—Verás… No te molestes por lo que voy a decirte, Joss… ¿No me denunciarás?

El inspector del Federal Bureau of Investigation repuso, grave de

rostro:

—No seas niño. Apelaremos a legítima defensa. La declaración de Emily Bolt te favorecerá, si es que no ha muerto. El caso cae fuera de la jurisdicción del

F. B. I.

Te daré un buen consejo y quedarás en libertad de seguirle o no. Para todos será como si no nos hubiéramos visto nunca.

—Dame tu palabra.

—La tienes ya. Toma un trago de *whisky*. Te reanimará. Hasta luego.

—Adiós.

Steve Waring, confortado por las palabras de su amigo, se dirigió al dormitorio, tendiéndose en la cama sin desnudarse. Exhausto por la larga vigilia y las emociones se quedó pronto dormido, aunque su descanso fue turbado por terribles pesadillas.

Le zarandearon bruscamente, haciéndole despertar. Ante el joven se hallaba un Joss Temple desconocido. Su rostro, de facciones enérgicas, reflejaba una seriedad desusada.

—¡Dúchate! —le ordenó.

El agua fría devolvió a Steve la completa lucidez.

Entró en el cuarto de estar. El inspector le esperaba, hosco el semblante.

—¿Por qué me has mentido? —increpó.

Desconcertado, Waring no supo qué responder.

—Te aseguro que…

—No sigas si no vas a decirme la verdad. Asesinar a un hombre por la espalda y herir a una mujer es indigno. Da gracias que no haya traído conmigo a la policía.

—¿Quieres explicarte mejor, Joss? ¡No te entiendo! —exclamó angustiado Steve.

—Es bien fácil —repuso Temple con ironía—. El mayordomo se despidió hace una semana. Hay testigos. La casa ha sido robada. El abogado llamó por teléfono a la policía, gritando: «¡Vengan pronto a Halsted Street, al número 15! ¡Quieren matarme! Intentó decir más, pero el sargento Hugh Lynn que recogió el aviso dice que oyó un grito de agonía y el ruido de un cuerpo al caer. ¿Por qué le mataste? ¿Es posible que seas tan miserable?».

El inspector cogió al muchacho de los dos brazos,

zarandeándole. Steve, con los ojos llameantes de ira, se desasió:

—¡Suelta! ¿Para qué me cuentas ese hatajo de embustes? Allí no ocurrió otra cosa que lo que te he dicho. Me da lo mismo que lo creas o no.

Temple, pasándose la mano por los ojos, se disculpó:

—Perdona. No es hora de reproches sino de soluciones. Pienso que me sigues mintiendo, pero aunque fuese verdad…

—¿Qué? —inquirió Waring.

—Ningún jurado del mundo te absolvería. Es demasiado inverosímil.

—Emily lo demostrará.

—Quizá a esta hora haya muerto. En el hospital de San José, adonde le trasladaron, no tienen esperanza. El criado, según afirma la policía, partió para California, ignorándose sus señas. Han encontrado un candelabro manchado de sangre y en él tus huellas. Los de la Metropolitana suponen que el móvil del crimen ha sido el robo. Te han identificado. A las diez en punto de la mañana se presentó en Jefatura el dueño del *night-club* donde pasaste la noche para informar que allí estuvo Douglas Forrest y que salió con Emily y un desconocido. La muchacha, en su delirio, ha repetido varias veces tu nombre. No les fue difícil localizarte. Después de la guerra todos tenemos una ficha militar, en la que constan las huellas dactilares de cada uno. Lo tuyo ha sido más fácil todavía. En la Delegación de Industria del Ejército del Aire poseen un historial completo de tus servicios como mecánico en aeródromos de campaña. ¡No te queda más remedio que entregarte! Los periódicos publican tu fotografía ordenando que se te capture vivo o muerto. ¡Pobre Elena!

Desconcertado, Steve no respondió. Con dedos temblorosos extrajo un cigarrillo de su pitillera, ofreciéndole otro a Joss. Luego habló:

—Escúchame, Temple. Hay algo raro que no consigo apresar. No te mentí. El mayordomo, que al parecer nadie ha visto más que yo, se llamaba… —el joven hizo un esfuerzo mental—. ¡¡Wheaton…!! Eso es… Forrest nos dijo que era un enfermo… Emily y Douglas hablaron. No puedo recordar de qué…

El inspector observaba la desesperación que iba invadiendo a su amigo. Sus sospechas comenzaron a disiparse. ¿Cómo sabía Waring

el nombre del criado?

—¡Sigue! —le apremió.

Gruesas gotas de sudor caían por las mejillas de Steve, que, al fin, se declaró vencido.

—¡No puedo, Joss…! Hay un velo negro que me envuelve. Al entrar en la biblioteca, Forrest me ofreció un doble de *whisky* y me hundí en uno de los sillones. No dormía y escuché lo que hablaban, aunque no recuerdo todo lo que dijeron. ¡Estaba celoso de Douglas! Emily me defendió.

Las manos del muchacho cayeron a lo largo del cuerpo, agotado por la tensión nerviosa. Temple le miró con pena, murmurando:

—Te creo, Steve. Si Emily muere y no localizan a ese mayordomo, irás a la silla eléctrica.

—¡¡No!!

—Nadie te creerá. Las pruebas son demasiado concluyentes. ¡Si encontrásemos a Wheaton! Carecemos —de otra descripción que no sea la de un individuo delgado, de aspecto enfermizo. Así hay millones en los Estados Unidos. Además, de nada se le acusa. No lo entiendo. Por primera vez en mi vida me siento torpe, incapaz de resolver una incógnita. ¡Le mataste tú! ¿Por qué acumular esa serie de pruebas, innecesarias para condenarte? Tu única salvación estribaba en legítima defensa y no puedes demostrar que el abogado intentara agredir a Emily. No había nadie en la casa más que vosotros tres. Han desaparecido joyas y dinero, se ignora en qué cuantía. El mayordomo ha desaparecido. Dicen que marchó hace una semana. Judicialmente tú has sido el ladrón y el asesino. ¿7 la pistola de la muchacha?

—Aquí la tengo, Tómala.

—¡Lleva tus huellas! ¿Tocó Forrest el arma?

—Creo que no. Vi que la sujetaba de la muñeca para que no le matase.

—Es una prueba más contra ti. Dámela. La haré desaparecer. Y ahora mi consejo. Antes de dártelo quiero que sepas una cosa, para que no dudes de mi lealtad. Tu hermana y yo pensamos casarnos. Formaré parte de vuestra familia. Entrégate, Steve. Te prometo encargarme particularmente de tu caso a mi regreso de Washington.

—¡No! —negó el joven con energía—. Pueden mandarte, como otras veces, lejos de los Estados Unidos y tardar meses en regresar…

Aún no comprendo por qué ingresaste en el
F. B. I.

—Aborrezco a los malhechores y no tengo carácter para envejecer en un destacamento militar. Por eso pedí el retiro del Ejército. Ambiciono servir a mi patria con riesgo de mi propia vida. Hazme caso. Nadie escapa de la justicia. Te perseguirán implacablemente y cuando te detengan tu huida será un nuevo testimonio de culpabilidad.

—Lo sé, pero yo encontraré a ese Wheaton aunque se esconda debajo de la tierra. ¿Quién es el testigo que afirma salió para California?

—El viejo del hotel contiguo. ¿Por qué lo preguntas?

Waring no respondió directamente a su amigo, limitándose a expresar sus ideas en alta voz.

—El me dirá la verdad aunque tenga que arrancársela con las tiras del pellejo. Adiós, Temple. Gracias por todo.

—Espera. No te vayas aún. No apruebo tu conducta. En el único sitio que no te buscarán será aquí. Me juego mi carrera, pero eres el hermano de la que será mi mujer. Prométeme una cosa.

—Di.

—Que te entregarás a la justicia el mismo día que yo comience a investigar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Joss.

—Quédate. Sal únicamente por la noche y procura que no te sigan.

—Así lo haré.

Los dos amigos se fundieron en un abrazo emocionado. El inspector del
F. B. I.
dejó sobre la mesa dos billetes de cien dólares.

—Necesitarás dinero. ¡No se te ocurra visitar a Elena! Te cogerían.

Una vez solo, Steve Waring se acostó de nuevo, despertando a las diez de la noche.

En un cajón de la mesilla vio una «*Parabellum*» en una funda sobaquera. Quitándose la americana se ciñó las correas, comprobando después el funcionamiento del arma.

Si quería demostrar que la honorabilidad de Douglas Forrest era

una máscara hipócrita, era preciso que ingresara en algún «gang» de la ciudad, frecuentando el trato de indeseables. No se le ocultaban los riesgos de lo que se disponía a hacer, pero todo era preferible a morir en la «silla». Por otra parte el subconsciente le gritaba que Wheaton estaba en Chicago.

Ya en Wester Avenue, la importante arteria que corta la ciudad de norte a sur, con el ala del sombrero sobre el rostro, tomó un taxi dando las señas de una taberna en las inmediaciones del Canal de Michigan. Allí esperaba encontrar a un compañero del Ejército que fue arrestado varias veces en los distintos aeródromos por sustraer piezas que luego vendía en talleres particulares. No pensaba decirle la verdad.

Abonó el importe de la carrera al conductor. Luego se internó en un asotanado establecimiento en el que se reunían indeseables de todas las especies.

Se acodó en el mostrador, pidiendo un doble de aguardiente. Preguntó al que despachaba, un sujeto de pésima catadura, con una cicatriz en la mejilla derecha.

—¿Ha venido John Ritter?

El interpelado le miró de arriba a abajo.

—No le conozco.

—De todas formas dígale que le espera Waring. No tengo prisa.

Se sentó en una mesa situada en uno de los rincones menos iluminados, contemplando el aspecto del local.

Descargadores de las gabarras que surcaban el Canal de Michigan, marinos de distintas nacionalidades, obreros portuarios, mujeres fáciles… Lo más bajo de Chicago parecía haberse dado cita en la taberna.

Desde su observatorio vio que el del mostrador cuchicheaba con uno de los dependientes, señalándole. Minutos después le hacían señas para que se acercara.

—Entre.

No preguntó, limitándose a obedecer. Siempre precedido por el mozo, anduvo por un estrecho pasillo, deteniéndose ante una puerta.

—Ahí te esperan.

Steve llamó con los nudillos, abriendo a continuación. Un hombre, de unos treinta años, pulcramente vestido, salió a recibirle.

—No creí lo que me dijeron —saludó cordial—. Pasa y siéntate. Celebro verte. Voy a presentarte a una buena amiga, Lucy Breek. Mientras te avisaban le dije quién eres. Toma una copa.

—Gracias.

Estrechó la mano que le tendía una muchacha joven, de cuerpo escultural y rostro bello. La mujer le observaba con manifiesta curiosidad. Dijo:

—¿Todos tus amigos son tan guapos, John?

—No lo dudes, monada. ¿Qué es lo que quieres, Steve? Te has metido en un buen lío. Leí los periódicos.

—Sí; de eso quería hablarte.

—Empieza cuando quieras.

Waring dirigió una significativa mirada a Lucy Breek, que no aparentó reparar en ella.

—Es que… —empezó.

—No te importe que esté la muchacha. Sabe tanto de mis negocios como yo mismo.

—A tu gusto. Huelgan los preliminares. Estaba enamorado de Emily Bolt y…

—No sigas. El tipo ese se la llevó por dinero y le mataste, robando para completar la faena. ¿Me equivoco?

—Sólo en parte. Necesito que me ayudes.

El semblante de Ritter se crispó en una mueca irónica.

—¿A esconderte?

—No. A ingresar en algún «gang» bien organizado donde se gane «pasta». Di el primer paso y he de continuar. No soy un cobarde.

—No necesitas decírmelo, Steve. Aún me parece recordar la noche que me salvaste la vida. ¿No te lo conté nunca, Lucy?

—No.

—Iba en un aparato en calidad de mecánico y al tomar tierra capotó, incendiándose. Waring se metió entre las llamas para sacarme. Sin él hubiera muerto. Has hecho bien en acudir a mí. Te presentaré al jefe. Me agradecerá que te lleve. Al «boss» le gustan los valientes. Por otra parte, con tus credenciales no puedes traicionarnos. Celebraré que trabajemos juntos. Hay mucho que hacer en Chicago. ¿Llevas armas?

Steve se desabrochó la americana, mostrando la pistola. John comentó:

—Veo que no descuidas detalle. ¿No te importa estar con nosotros un rato? Aún es temprano.

—Lo siento por si os estorbo.

Fue Lucy Breek la que respondió, sonriéndole:

—No te preocupes. Te buscaré una amiguita.

—Por ahora prefiero estar solo. Ha armado mucho revuelo el asunto.

Bebieron unos vasos de *whisky*. La mujer observaba a Waring, cuyo aspecto contrastaba con el de Ritter. Steve era distinguido. John, en cambio, pese a su traje de corte impecable, resultaba tosco, sin elegancia.

Charlaron un poco de todo. Del «Loop», de las luchas entre los distintos «gangs» y de los esfuerzos de la policía para cortar el creciente «gangsterismo».

—Somos más listos que ellos. Además, el soborno nos abre las puertas. ¿Vamos?

Ritter se había levantado. Lucy, besándole, rogó:

—Ven pronto, querido. No puedo vivir sin ti.

Pero sus ojos no se apartaban de Waring, que rehuyó la mirada.

Ya en la calle, en un coche de alquiler, se dirigieron a la avenida Archer. John dijo a Steve:

—Paga tú. Estarás en fondos.

—No puedo quejarme.

Anduvieron unos metros, deteniéndose en un hotel de dos plantas. Ritter pulsó un timbre y dos hombres fueron a abrirles.

—Hola, John —dijo uno de ellos—. El «boss» te aguarda. ¿Quién es ese tipo?

—Mírale bien la cara. ¿No la has visto en los periódicos?

El que primero había hablado silbó.

—¿Cómo le encontraste? Hace un rato asegurábamos que tenía que ser un tío con agallas el que se cargase a Forrest. Pasad. Los muchachos se alegrarán de verle.

Cruzaron un amplio jardín, entrando en la casa. En una gran habitación, varios hombres, en mangas de camisa, charlaban y bebían. Las conversaciones cesaron.

Un individuo corpulento se levantó al distinguir a Steve. Ritter se dirigió a él.

—Hola, Jefe. Quiere trabajar para nosotros. Es un antiguo

amigo. No es preciso que diga su nombre. Toda la ciudad le conoce.

El «boss», tendiendo su mano a Waring, le invitó:

—Siéntate, muchacho —luego, volviéndose a una mujer de extraordinaria hermosura que tocaba al piano una de las composiciones más en boga, dijo—: Calla un momento, Madeleine.

La muchacha obedeció, con un rictus de contrariedad en sus labios perfectos. Steve habló:

—Sé que sólo me cazarían en cualquier golpe. Por eso quiero unirme a vosotros. ¿Ves algún inconveniente?

—Ninguno. Me llamo William Sperling. Te voy a presentar a tus nuevos compañeros —lo hizo. Al llegar a la joven advirtió—: Es Madeleine Greeve. Acostúmbrate a no mirarla ni aun cuando la tengas delante. Puede ser peligroso.

—Entendido.

—Permanecerás aquí unos días, los necesarios para desorientar a los de la Metropolitana. Necesitaba un hombre como tú, inteligente y audaz. Hay un gran negocio en perspectiva.

Steve Waring sonrió. La primera parte de su plan se realizaba sin tropiezos.

Capítulo III

Un hombre avanzaba por el bulevar Washington, procurando hurtar su cuerpo a la luz de las farolas del alumbrado. Eran las dos de la madrugada.

Steve Waring sabía que aquella hora era la más propicia para realizar sus proyectos. La escogió en la seguridad de no fracasar. Joss Temple, el inspector del Federal Bureau of Investigation, le dijo que el que habitaba el hotel próximo al de Forrest era un viejecillo alcohólico.

La noche era magnífica. El joven, cien metros antes de llegar a la esquina de Halsted Street, se detuvo. El corazón palpitábale aceleradamente.

¿Habrían montado un servicio de vigilancia en torno al chalet de Douglas?

Un coche de la Patrulla Móvil pasó muy despacio ante él. Necesitó de toda su serenidad para no esconderse detrás del tronco de uno de los árboles del paseo.

¡Tenía que dominar el pánico!

Miró a su alrededor, convenciéndose de que nadie le observaba. En la misma curva de unión de las avenidas Washington y Halsted encendió un cigarrillo. Luego, con ademán despreocupado, cruzó delante de la casa en la que se desarrolló la tragedia, y con la mayor naturalidad, tras convencerse de que nadie le observaba, hurgó con unas ganzúas, que le había facilitado Ritter en la cerradura de la puerta de entrada al jardín, abriéndola.

La entornó para facilitar su huida, caso de ser sorprendido, y, agachándose detrás de unos setos, esperó unos minutos. Lo más peligroso había sido realizado ya.

Rodeó el edificio, deteniéndose en las ventanas de la parte

trasera. Iba a ser difícil abrirlas, pues hallábanse totalmente encajadas. A través de los cristales se veían gruesas persianas de madera.

Se apartó mirando las del piso superior. No pudo distinguir si eran franqueables. Por fortuna, un árbol crecía a dos metros escasos de la pared y trepó por él, comprobando con gozo que sólo estaban cerradas con los batientes de cristales.

Avanzó por una gruesa rama, que oscilaba bajo su peso y pudo asirse al alféizar, alzándose a pulso, en un alarde de facultades físicas.

En peligroso equilibrio, ya que apenas si tenía espacio donde sujetar el cuerpo, pegó un trozo de masilla en uno de los vidrios y con un diamante trazó un círculo alrededor. Segundos después introducía la mano por el hueco haciendo girar la falleba. La suerte le favorecía.

Se guardó los útiles que tan buen servicio le acababan de prestar y esgrimiendo la «*Parabellum*» en una mano y una linterna en la otra cruzó la habitación llegando a un pasillo. Se trataba de averiguar en qué cuarto dormía el viejo.

Fue abriendo puertas sin encontrar al que buscaba. ¿Acaso se había marchado de allí?

Su paciencia se vio coronada por el éxito. En la última alcoba del piso superior llegó a sus oídos la respiración acompasada de un hombre. ¡Al fin!

Milímetro a milímetro franqueó la entrada, apagando la linterna para no delatarse. A través de la ventana entraba la luz de la luna, acariciando los pies del durmiente.

Enfundó la pistola, y con paso de lobo llegó a la cabecera de la cama.

Contempló a su víctima con una sonrisa de triunfo, y le tapó la boca con una mano mientras con la otra le apretaba salvajemente el cuello.

El atacado pataleó debajo de las sábanas, que sirvieron a modo de ligaduras, y sus ojos, desorbitados, miraron breves segundos a su agresor. Después perdió el sentido.

Waring, desliándose de la cintura un fino bramante ató a su víctima, dejándole sobre el lecho. Corrió las cortinas de la ventana, encendiendo la luz.

Esperaría a que se despertase.

Consumido por la impaciencia fumó, dando ávidas chupadas al cigarrillo. Esperaba que el velo de culpabilidad que le envolvía comenzara a entreabrirse con la confesión del viejo. Éste gimió, moviendo a ambos lados la cabeza.

Deseando aterrorizarle para hacer más fácil el interrogatorio, esgrimió la imponente «*Parabellum*».

—Si das un grito te mato.

El hombrecillo, que temblaba de pies a cabeza, miró al que le hablaba, palideciendo. Waring comentó con voz burlona:

—¡Vaya! Veo que me has reconocido. Quiero que contestes a unas preguntas. No va a ser la policía la única que tenga derecho a saber la verdad…, ¡o la mentira!…, de las cosas. ¿No te parece?

—No sé nada —respondió el viejo—. Nunca me ha gustado meterme en líos. Estoy enfermo.

—Como Wheaton, ¿no?

No hubo respuesta. Steve, cogiéndole de las solapas del pijama, lo alzó, sentándole en la cama.

—¡Habla!… Vengo decidido a matarte. Yo estuve con el mayordomo de Forrest la noche del crimen. El salió a recibimos. ¿Por qué declaraste a la policía que marchó a California una semana antes? ¿Fuiste tú el que desvalijó la casa?

—No hice nada… ¡No sé nada! —gritó el interpelado con el espanto en las pupilas.

—No mientas. Te doy una última oportunidad. Si te obstinas en callar será porque no le tienes mucho apego a la vida.

Hubo un largo silencio. Waring se irguió, pistola en mano. Por la contracción de los labios del que amenazaba se dio cuenta de que estaba decidido a morir antes de revelar su secreto, y en un gesto de incontenible cólera le hizo ponerse en pie pegándole brutalmente en la mandíbula. El cuerpo del individuo tropezó con una silla, produciendo un gran estrépito.

Steve no se inquietó por ello. Estaba solo en la casa.

Su confianza pudo costarle la vida. La puerta de la alcoba se abrió de golpe y dos hombres, con los revólveres firmemente empuñados, aparecieron en el umbral. Al ver a Waring dispararon sin vacilaciones, como gente acostumbrada a la acción. Las balas se clavaron en la pared frontera, pasando por encima de Steve, que se

había dejado caer al suelo una fracción de segundo antes. Su «*Parabellum*» tronó con mortífero acierto. Los desconocidos dobláronse trágicamente.

Horrorizado al pensar que pudieran ser policías, les registró con ansiedad. Uno se llamaba Schuttle Golumby y el otro carecía de documentación. Decidió huir. Un silbato se oyó en la calle en el momento en que el viejo abría de nuevo los ojos.

—¿Quiénes eran esos tipos? ¡Si no respondes seguirás su camino!

—Dos «gangsters» —respondió el interrogado—. Yo…

Waring no podía perder más tiempo. Acercándose a la ventana comprobó que el jardín continuaba desierto. Pasó a la rama del árbol y desde allí al suelo.

Permaneció agazapado. En el hotel de Forrest se encendieron las luces de las habitaciones. Fuera, en Halsted Street, escuchábanse voces y carreras. ¡Estaba acorralado!

Giró la mirada alrededor, distinguiendo una pared que separaba la propiedad de la contigua.

Saltó, agarrándose al borde. Por unos segundos su silueta se perfiló peligrosamente en la noche.

Cayó sobre el techado de vidrio de un invernadero, produciendo un gran estrépito. Un enorme mastín se abalanzó a él y sólo a duras penas pudo evitar el ataque apresándole del cuello. Estuvo tentado de hacer fuego, pero se contuvo a tiempo y crispando los dedos estranguló al perrazo. Entonces sintió por vez primera que la sangre le manchaba el pantalón. Sin duda se había herido con los cristales.

Al otro lado de la tapia que acababa de salvar, un hombre daba órdenes en voz alta:

—¡Rodead la manzana! No puede escaparse.

Steve corrió a una verja, saltándola. Un agente, que paseaba a unos quince metros, dio la alarma con un silbato, lanzándose en su persecución. El joven, mientras huía, enfundó la pistola. No deseaba hacer frente a la ley sino evadirla hasta que se demostrase *la* verdad de lo ocurrido en el hotel de Forrest.

Cruzó varios jardines, llegando a las inmediaciones de la estación del ferrocarril de Illinois, junto al lago Michigan.

Penetró por una puerta en la que un grupo de individuos se afanaban en depositar fardos en un camión y se internó en las vías,

deteniéndose. Miró su pierna izquierda descubriendo un roto en la tela. Por fortuna ya no sangraba. La suerte empezaba a favorecerle. Frente a él, en los andenes, el público pugnaba por alcanzar la West 12th Street. Acababa de llegar el tren de San Luis.

Se confundió con los numerosos viajeros y sin tropiezos llegó a un taxi, en el que se introdujo, ordenando:

—A la avenida Ogden. Hay una buena propina si va deprisa.

—Perdón, caballero —dijo una voz femenina a su derecha—. El automóvil lo tomé yo primero y voy a La Salle.

Steve se volvió sorprendido.

—Discúlpeme.

—Disculpado, pero bájese. No puedo perder el tiempo.

Waring, en unos segundos, con la agilidad de pensamiento que le caracterizaba, comprendió que su libertad dependía de abandonar cuanto antes los alrededores de la estación.

—Verá, señorita. Vengo desde Springfield. El menor de mis hermanos se está muriendo. Le suplico que si no tiene mucha prisa me lleve a mi domicilio o tome otro taxi.

Había una angustia real en la voz de Waring. ¡Se estaba jugando la vida a una carta!

La mujer, de aspecto distinguido y grandes ojos negros, dudó unos segundos, decidiéndose al fin.

—Sea. Perderé media hora por usted. No me agrada andar cambiando el equipaje.

—Le quedaré eternamente agradecido. ¿Vive en Chicago?

—Sí, aunque regreso de un largo viaje por Europa. ¿Y usted?

—Conozco la ciudad y resido también en ella. Soy viajante y recorro el país. Una ocupación muy fatigosa.

Callaron. El automóvil se abría paso difícilmente entre el maremágnum de vehículos que se esforzaban en salir del recinto de la estación. Waring vio que agentes uniformados detenían los coches examinando su interior. Palideció tanto que la muchacha inquirió sobresaltada:

—¿Se pone malo?

—¡Ocúlteme! —susurró Steve—. Diga que va sola.

Se tendió en el suelo del taxi, no sin antes apagar la luz del techo. Lo hizo a tiempo. Un policía se asomó por la abierta ventanilla enfocando con su linterna a la muchacha, que, sin

desconcertarse, bromeó:

—¿Me encuentra bonita? No me favorece la luz artificial. ¿Quiere hacer el favor de alumbrar el asiento? He perdido el lápiz de labios y está fundida la bombilla. Sea galante.

—No dispongo de tiempo, preciosa. ¿Cuál es tu teléfono?

—Uno. Búsquele en la guía. Siga, conductor.

El aludido obedeció y unos minutos más tarde Waring pudo sentarse junto a su salvadora. Tan rápido fue todo que el chofer no advirtió la maniobra.

—Le debo mucho —se sinceró—. No sé cómo pagarle.

—Dejándome sola a la primera oportunidad. No me agrada el trato con «gangsters». Aún no sé qué me impulsó a ayudarle.

—Yo se lo diré —respondió el joven audazmente—. Hay algo que me distingue de un malhechor. No soy un indeseable, señorita, sino un hombre perseguido.

La conversación, en tono bajo, no llegaba a oídos del chofer. Waring corrió el cristal que les aislaba del taxista, encendiendo la luz.

—¿Por qué lo hace? —le preguntó ella—. Puede perjudicarle.

—Merece la pena ser encarcelado por contemplar su rostro. Soy sincero. Me llamo… Mac Pardee —se presentó Steve, dándole el nombre adoptado en el «gang» de John Ritter.

—Y yo Adolfo Hitler. Le he reconocido por los periódicos. Usted es Waring, el asesino de Douglas Forrest. No tema. No le denunciaré. Me hizo un gran favor. Odiaba a ese abogado. Mi nombre es Elisa Robin. ¿Cómo se le ocurre salir a la calle?

—Necesito demostrar mi inocencia.

—¿Usted no le mató?

—Creo que sí, pero detrás de mí hubo otro que desvalijó la casa. Ando buscando a un tal Wheaton, mayordomo de la víctima. El me dará la clave.

Elisa, turbada, no respondió, ofreciendo un cigarrillo al joven.

—¿Fuma?

—Gracias.

Ella aspiró el humo con voluptuosidad. Después indicó:

—Supongo que no tendrá inconveniente en que nos dirijamos a La Salle. Su pobre hermanito se ha curado de pronto.

—Así es.

La muchacha sugirió:

—¿No ha pensado maquillarse? Un bigote y unos lentes le vendrían a maravilla. Oscurezca también el color de su tez.

—Una buena sugerencia. La obedeceré. Nuestro encuentro va a ser providencial para mí.

—No lo dude.

Por un momento creyó Waring adivinar una nota irónica en las palabras de la joven, pero se dijo que veía enemigos por todas partes.

—Ya estamos llegando —comentó ella.

—Sí, y lo siento. ¿Podré verla de nuevo? Lo que ha hecho por mí la hace acreedora de mi gratitud.

—Es usted simpático, Steve. Vengo contratada a un «*night-club*» en esta misma calle, frente a la antigua Cámara de Comercio. Tendré mucho gusto en saludarle.

El coche había parado y Waring, gentilmente, la llevó el equipaje al portal.

—Márchese ya. El sereno me ayudará a subirlo.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano, mirándose a los ojos. En el vehículo, el conductor bromeó:

—Es posible que acabe en boda, señor. Una cosa así me sucedió con la que hoy es mi mujer.

—¡Quién sabe! Lléveme a Odgen.

Se hundió en el asiento recordando con deleite la gentil figura de Elisa Robin. Tal vez le ayudara a demostrar que la reputación del abogado criminalista era falsa, convenciendo a sus jueces de que, en efecto, luchó en legítima defensa. ¿Y Emily Bolt? ¿Viviría aún?

—Pare aquí. Tenga.

Le entregó un billete de cinco dólares. El chofer, asombrado por la esplendidez de su cliente, balbuceó unas palabras de gratitud que no fueron oídas por Waring, el cual penetró en un «drug» semidesierto, dirigiéndose a la cabina telefónica.

En la guía miró el número del hospital de San José, llamando. Una voz inquirió:

—¿Quién es?

—Deseo hacer una pregunta. ¿Qué tal está la señorita Emily Bolt?

—Sigue inconsciente, con pocas posibilidades de ser salvada.

Steve colgó. De espaldas al camarero pidió una copa de coñac, que apuró de un sorbo, y luego de abonar lo consumido salió a Ogden, frente al parque Douglas.

Anduvo con paso rápido hasta llegar a la calle Cuarenta. Atravesando los dos canales enfiló la avenida Archer, llamando al hotel donde residía el «boss» William Sperling.

Rezongando maldiciones, el hombre de guardia le abrió y el joven, sin apenas sueño, deseando coordinar sus ideas, se dirigió al confortable salón donde le recibieron la noche anterior. Le sorprendieron unas melodiosas notas musicales. Madeleine Greeve, ataviada con un traje de noche que dejaba al descubierto la espalda y los bien torneados hombros, le miró desde la banqueta del piano.

—Hola. William estaba intranquilo. Temía que te hubiesen capturado.

—No ha sido así, aunque no faltó mucho. ¿Tienes *whisky*?

—Sí. Beberé contigo.

La mujer sacó una botella y llenó dos copas. Brindó:

—A tu salud.

—Gracias, Madeleine.

Ella se sentó al lado de Waring, en el amplio sofá. El joven sintió que su perfume le penetraba en el cerebro, embriagándole. Por un segundo se olvidó de la tragedia que estaba viviendo para ver solo la carne rosada tentadoramente cerca. Se rehízo con un soberano esfuerzo:

—Eres muy hermosa, Madeleine. El boss es un hombre de suerte.

—No sabe apreciarlo. Carece de inteligencia. No hemos hecho más que volver del *cabaret* y se ha encerrado en su cuarto para dormir.

—Déjame que lo dude, preciosa. No se manda a tantos hombres sin cerebro.

—Se ve que eres nuevo. William domina por la fuerza bruta. Por encima de él está el verdadero jefe, al que nadie conocemos.

—¿Ni aún Sperling? —inquirió Steve.

—Ni aún él. Le transmite las órdenes de diversas maneras. Por teléfono, por carta o en una habitación sin luces. Cuéntame tu pasado. ¿Querías mucho a la mujer que mataste? Debe ser hermoso que la amen a una así.

Madeleine, insinuante, pegó su cuerpo al del muchacho, que se

estremeció, apartándose.

—¿Tienes miedo a William?

Waring la miró fijamente y atrayéndola hacia sí la mordió en los labios.

—No temo a nadie. ¿Quieres curarme la pierna? Me la he herido con unos cristales.

Mientras Madeleine le arrancaba la costra de sangre reseca, él habló, meditando mucho cada palabra:

—Me repugnan los traidores que carecen de motivo para serlo. Existe en Chicago un código que todos respetamos: el del «gang». ¿Por qué te uniste a Sperling? ¿Ambición?

—Creí que le amaba. Los primeros meses era cariñoso y me trataba bien. Después, sus modales fueron cambiando y por dos veces me ha pegado. ¡Es un bruto!

—No se merece una mujer como tú, querida. Me gustas. Sería necio que lo negara. Te prometo librarte de él. Ahora le necesito.

El cerebro de Waring trabajaba a la máxima velocidad. Madeleine Greeve, por despecho, podía convertirse en una magnífica confidente.

Acarició el cabello a la muchacha, que le vendaba la pierna.

—¡Hace tanto tiempo que nadie me hablaba con cariño! No soy mala, Steve. El hambre me hizo rodar de *cabaret* en *cabaret* hasta que conocí a William. Ahora temo separarme de él. Me ha dicho que me mataría.

—No lo hará. ¿Quieres tocar para mí?

Madeleine accedió. Las dulces notas de una popular melodía flotaron en el aire alejando los tristes pensamientos del hombre.

—¡Hermoso cuadro! —dijo una voz burlona desde la puerta—. ¡Lástima que venga a interrumpirle!

La muchacha cerró bruscamente el piano. Waring, no concediendo importancia a William Sperling, que le miraba con ira, rogó:

—Sigue, Madeleine. Eres una magnífica intérprete.

El «boss», brutalmente, exclamó:

—¡No lo hará! Aquí mando yo.

—Nadie lo ha puesto en duda —repuso Steve sin mirarle—. Me molestan los gritos. ¿Por qué no hablas un poco más bajo?

—Porque no me da la gana… ¿Me oyes?

El «gángster» había cogido de las solapas a Waring, alzándole. El joven clavó sus ojos en los de su enemigo y masculló:

—¡Suelta!

La risa burlona de Sperling le descompuso y, sin meditar las consecuencias de lo que hacía, descargó un formidable puñetazo en la mandíbula del «boss», que retrocedió unos pasos. Quiso empuñar la pistola, pero la voz fría de Steve le contuvo.

—¡Quieto! Si te mueves, te acribillo.

William contempló con asombro la mano armada de su subordinado.

—No sabes lo que te juegas. Guárdate ese juguete y pídeme perdón.

—Siéntate. Creo que ya hacía falta que alguien te bajase los humos. No olvides que te tengo encañonado.

Pálido por la humillación, el «boss» obedeció. Waring, desarmándole, volvióse a la muchacha:

—Termina de tocar. No acostumbro a privarme de mis caprichos.

Gozosa, comprendiendo que Steve era capaz de enfrentarse con el temido Sperling, la joven deslizó sus largos y finos dedos por el teclado. Cuando acabó dijo a los dos hombres:

—Me párese que exageráis. ¿Por qué no llegáis a un acuerdo?

—Eso pretendo —respondió Waring—. Veremos si es razonable. No acostumbro a trabajar a ciegas. Quiero que me de algunos detalles. Yo no soy uno más. Tengo inteligencia y sé usarla. ¿Por qué me admitiste en el «gang»? Yo no lo hubiera hecho. Es fácil que atraiga la atención de la policía.

—Me lo mandó el jefe.

—¿Quién es?

—No lo sé. Recibí la orden de intentar localizarte, John Ritter, sin saberlo, me fue útil. Ahora comprendo el interés del que nos manda. Vales tanto como yo.

—No lo creas, William. Tampoco pretendo suplantarte. Únicamente ser tu amigo. ¿Cuánto cobráis de lo que los muchachos obtienen?

—El cincuenta por ciento. Me reservo un quince y el resto lo distribuyo.

Waring calló, meditando. Luego prometió:

—Si me llevas a tu próxima entrevista con el jefe conseguiré que nos aumente el sueldo. Un setenta y cinco es lo justo. Él no se expone. Nadie se enterará de eso y el veinticinco nos lo repartiremos a medias. Discúlpame lo de antes. A veces tengo malos modales.

Le tendió la pistola. Sperling, desconcertado, la cogió, aceptando la mano que Steve le tendía.

—De acuerdo. No vuelvas a fijarte en Madeleine. ¡Ella es para mí! Si algún día me harta la mataré.

Haciendo un gesto significativo a la mujer, Waring replicó:

—Sería estúpido que nos liquidásemos por una chica. Las hay a miles en los *cabarets* de Chicago. ¿Amigos?

—Sea. No vuelvas a meterte en mi terreno. Ve delante, Madeleine.

La aludida obedeció, no sin antes mirar a Steve en muda súplica. El muchacho aparentó ignorarla, pero apenas hubieron desaparecido fue tras ellos, viéndoles desaparecer en el último rellano de la escalera.

Con la pistola en la mano aplicó el oído a la puerta. Oyó un golpe y la voz de la mujer, suplicando:

—¡No me pegues! Te juro que no he tenido la culpa.

No esperó más y de una patada hizo saltar el pestillo. Sperling le miró asombrado mas no osó llevar la mano a la funda sobaquera. La «*Parabellum*» que le apuntaba era mantenida firmemente.

—Sólo un cobarde maltrata a una mujer. Vete a tu habitación, Madeleine.

La joven obedeció y los dos hombres quedaron frente a frente.

—No la defiendo porque me guste. Me tiene sin cuidado, pero cada vez que pienso en mi madre me convierto en caballero.

—¡Te pesará lo que has hecho! Mañana hablaremos.

—No lo intentes. No deseo matarte sino que ganemos juntos muchos dólares. Adiós.

Sin dar la espalda al «boss» salió de la alcoba, encerrándose en su cuarto. Una vez allí se reprochó su intromisión. Debió dejar que la golpeara a su capricho y no aumentar las complicaciones.

Pensó una vez más en la infortunada Emily Bolt, repitiendo mentalmente las palabras que la oyó decir: «No toleraré que le mezcles en tus asuntos criminales. ¡Eres un estafador! ¡Un

indeseable!».

¿A qué se referiría la muchacha? ¿En qué clase de negocios estaba enfangado Douglas Forrest?

Apretó su cabeza contra la almohada, negándose a pensar. Para alejar de sí tristes recuerdos evocó a la dulce Elisa Robin.

Una paz infinita le invadió. Las circunstancias le habían convertido en un indeseable, en un fugitivo de la justicia, pero su corazón continuaba siendo tan puro y tan noble como cuando era sólo el modesto empleado de un garaje.

¿Accedería ella a compartir las privaciones de un pequeño sueldo? ¿Emily?… No. Ahora se daba cuenta de que amaba a la desconocida que le ayudó a burlar a los agentes de la Ley.

¡Elisa!

Pensando en ella se quedó dormido…

CAPÍTULO IV

Steve despertó muy tarde y se dirigió en pijama en busca de Madeleine para que le zurciera el roto del pantalón. Temiendo ser recibido a balazos llevaba la «*Parabellum*» en la funda sobaquera, sobre la camiseta. Le sorprendió la sonrisa de William Sperling y su ofrecimiento al saber lo que pretendía.

—Ve a mi cuarto. Tenemos aproximadamente las mismas proporciones. Coge el traje que más te agrade.

Waring le obedeció y veinte minutos después escuchaba las palabras del «boss»:

—He hablado con el jefe. Óyeme sin interrumpirme.

William hizo una pausa.

—¡No sé hasta qué punto estarás enterado de las leyes que rigen el mundo del hampa! Pese a los esfuerzos de la Comisión Senatorial de Investigación del Crimen, los sindicatos ejercen una influencia decisiva en el gobierno de la nación. Grupos de «gangsters» organizan campañas electorales y practican el soborno en las más altas esferas. Los indeseables se han agrupado en dos organizaciones poderosas que no entorpecen su mutua labor. Han dividido en zonas el país. Si alguna diferencia surge, la mafia, la famosa sociedad secreta siciliana, juzga en justicia. Ella es la que cierra los labios de amigos y enemigos, liquidando al imprudente que se atreve a confiarse a la policía.

Sperling, vanidoso de sus conocimientos sobre el llamado «segundo gobierno», calló unos minutos ofreciéndole a Waring un cigarrillo. Con mayor énfasis continuó:

—El jefe no quiere nada con los sindicatos y ha montado un negocio por su propia cuenta. Varios «gangs» trabajan para él, que se cuida mucho de no interponerse en el camino de los magnates

del crimen. Estos fingen ignorarlo para no buscar más complicaciones. ¿Oíste hablar del contrabando de brillantes?

¡Brillantes! Una luz acababa de encenderse en la memoria de Waring. Esa palabra la había escuchado en el domicilio de Forrest. Recordó: «Te diré dónde debes ocultarlos. En tu pelo…, en el tacón de tus zapatos…». ¡Por fin! Ésas eran las secretas actividades del abogado.

—Hace unos meses descubrieron un importante envío en la carrocería de un automóvil. Al parecer ha habido un soplo y esperan en la estación de Illinois a uno de nuestros hombres que consiguió desembarcar en Nueva York sin ser molestado. He querido ponerte en antecedentes porque la prudencia aconseja que seamos nosotros dos los que intervengamos. Después de comer te explicaré el plan. El tren llega a la una. ¿Algún reparo?

—Ninguno. ¿Quieres llamar a Madeleine?

William hizo un gesto y se levantó. La voz de la muchacha se dejó oír.

—No hace falta.

Con estudiados ademanes, la mujer besó al «gángster» en las mejillas, sentándose. Sperling, halagado por la desacostumbrada caricia, lo hizo junto a ella, Waring inquirió:

—Quisiera teñirme el pelo de rojo. Necesito también una crema que cambie el color de mi piel y unas gafas con cristal sin graduar. ¿Puedes proporcionármelo?

La joven, sonriendo, replicó:

—No, en este momento; pero iré a comprarlo. Así aprovecharé para reponer mi tocador. ¿Has desayunado?

—Aún no.

—Habrás de conformarte con unos sándwichs de mantequilla y mermelada y zumos de fruta.

Madeleine salió, sonriendo al «boss», que, muy ufano, dijo a Steve:

—¿Ves? Hay que conocerlas. Necesitan una mano dura que las gobierne. Son todas iguales.

—Te equivocas, William. Ella no es como las demás. Cuida de no equivocarte.

—No te entiendo.

—Ni lo pretendo tampoco. Dame otro cigarrillo.

—Quédate con el paquete. Voy a la calle. No te muevas hasta que regrese.

Asombrado por la inusitada generosidad del «gángster», Waring asintió:

—Descuida. No soy tan necio como para exponerme a que me cojan.

Una vez solo, Steve meditó sobre la razón por la que Sperling se mostraba tan satisfecho y una sospecha le hizo crispar los labios en un rictus de crueldad.

* * *

Eran las once y media de una noche lluviosa. Un «Cadillac» negro volaba en dirección a Michigan City en el estado vecino de Indiana. Lo conducía William Sperling acompañado de un hombre pelirrojo, con gruesas gafas de concha. Recién afeitadas las mejillas, el bigote comenzaba a sombrearle el labio superior endureciendo aún más el rostro de Steve Waring.

—Ya llegamos —dijo el «boss»—. En este cruce de vías el tren pasa muy despacio y es fácil saltar a él desde el puente de señales. El guardagujas se halla en aquella caseta y acciona automáticamente el cambio. No nos verá. Tenemos tiempo de tomar un trago. Ese endiablado clima de Chicago es capaz de terminar con el hombre más fuerte. ¿Llevas gabardina?

—Sí; pero no la que me diste. Era demasiado clara para exponerme con ella. Traigo una oscura.

—Buena previsión. Con razón el jefe te mima tanto. Me ha recomendado que cuide de ti.

—Lo dudo. ¿No será que pretendes confiarme?

Sperling quedó desconcertado, no sabiendo qué responder a una pregunta que era casi una acusación. Steve le vigilaba. El «gángster» rompió en una risa falsa.

—¡Qué cosas se te ocurren, Waring! ¿Crees que siendo así íbamos a confiarte una fortuna en joyas? Sal. Conviene que tomemos posiciones. Vigilaré al empleado no se le ocurra aparecer estropeándolo todo.

—De acuerdo.

Con el sombrero hasta las orejas y las solapas del impermeable

ocultándole el rostro, Steve se separó del «boss» encaminándose a un arco de hierro en el que había numerosas señales luminosas.

Utilizó una escalera dispuesta para efectuar cambios y reparaciones y minutos después se hallaba tendido de bruces detrás de una gruesa viga de madera. Para no ser visto por el conductor del tren se incorporaría cuando la máquina hubiese pasado. Una leve llovizna le azotaba. Distinguió a su compañero agazapado detrás de unos fardos de mercancías.

Esperó, sintiendo más fuerte el latido del corazón. Lejos, silbó una locomotora. El momento se acercaba.

Alzó la cabeza. Como un gigantesco gusano de luz el tren se aproximaba reduciendo progresivamente la velocidad.

No tan despacio como le asegurara Sperling pasó la máquina entre un ruido inmenso de hierros. Steve vaciló unos segundos y ellos fueron causa de que estuviera a punto de fracasar en la primera misión que le confiaban.

Venciendo el temor que le dominaba saltó sobre el techo del último vagón, asiéndose desesperadamente al reborde de uno de los ventiladores.

Con un esfuerzo sobrehumano consiguió ponerse de rodillas. Vio a William saludándole con la mano. El rostro del bandido se había abierto en una sonrisa feroz.

Steve recordó las instrucciones recibidas. Tenía que llegar al segundo coche de cabeza y descolgarse a la tercera ventanilla a una hora exacta.

Con evidente riesgo de la vida, arrastrándose, llegó al lugar elegido. Muchas veces estuvo a punto de estrellarse al saltar de uno a otro vagón. Miró al reloj. Faltaban cuatro minutos.

Ató una cuerda a un gancho lateral y aguardó con inquietud. ¿No sería todo una farsa de Sperling para deshacerse de él?

El tren aumentaba la velocidad en las proximidades del límite de los Estados de Indiana e Illinois. Durante varios kilómetros las vías bordeaban el lago Michigan.

Waring, decidido a no dejarse cazar, asió la cuerda con firmeza, deslizándose. No fue necesario que bajara mucho. Una mano asomó tendiéndole un maletín, que se apresuró a recoger. El plan se realizaba a la perfección.

Subió intentando abrir la pequeña valija, cerrada con llave. No

podía entretenerse en utilizar la ganzúa y poniéndose en pie se decidió. Su cronómetro le indicaba que era el momento propicio.

Tomó impulso y al pasar el convoy un estrecho puente, sobre el Michigan, se lanzó a las aguas del lago. En el aire, como una ráfaga, le asaltó el temor de chocar contra rocas sumergidas, pero no fue así. Apenas sintió en su cuerpo el frío del líquido elemento braceó, saliendo a flote.

Se admiró de no estar muerto. La empresa que acababa de culminar con éxito bien podría calificarse de suicida.

Avanzó unos metros. El ruido de una motora te convenció de que se había tirado con matemática exactitud.

La luz de un reflector le iluminó, cegándole. Oyó que le llamaban por el falso nombre adoptado en el mundo del hampa:

—¡Mac!… ¡Mac!…

—Aquí estoy, muchachos.

—Danos el maletín. Subirás mejor.

Waring alzó los ojos distinguiendo a dos hombres del «gang». Uno esgrimía una pistola. El pensamiento de que iban a matarle se adueñó de él. No perdió la serenidad.

—No me molesta. Ayudadme.

Mientras se izaba a bordo observó que el «gángster» armado se apartaba para precisar la puntería. La sospecha se convirtió en certeza y con increíble agilidad se escudó detrás del que le ayudara a entrar en la motora, el cual recibió los proyectiles en su cuerpo.

Soltó el maletín de las joyas y sacó su «*Parabellum*». Tiró una sola vez alcanzando a su enemigo en el pecho. Steve se acercó al que quiso matarle, que yacía en el fondo de la canoa, preguntándole:

—¿Quién ordenó mi muerte? ¡Contesta!

—El «boss». Nos aseguró que sería fácil.

El herido jadeó. Hablar le costaba trabajo. Prosiguió:

—Sperling es peor que una hiena. No te fíes de él. Un coche aguarda en Lake Shore Drive, a la altura del parque Lincoln. Hará señales con los faros. No tenía nada contra ti. Me limitaba a obedecer.

—Lo sé —respondió Waring para tranquilizarle—. Pondré a toda marcha la canoa para que te curen lo antes posible.

Así lo hizo y la gasolinera emprendió una veloz carrera dejando

tras de sí una ancha estela de espuma.

A la altura del puerto, Steve paró el motor, dejando que la embarcación se deslizase con el impulso adquirido y aprovechó esos minutos para examinar al «gángster» que le hiciera tan interesantes confidencias. Estaba muerto, con la mirada fija en un cielo cubierto de negros nubarrones.

Pensando en su propia seguridad arrojó los cadáveres y a la luz de su linterna examinó el fondo de la canoa decidido a hundirla apenas la abandonase.

Abrió el maletín, tras forcejear en la cerradura, quedando asombrado de lo que contenía. Tubos de carmín para los labios, cajas de polvos, frasquitos de esencia y, en suma, un muestrario completo de perfumería. Lo cerró, poniendo otra vez en marcha la motora. No tardó en divisar el macizo muro que separa y protege Lake Shore Drive del lago.

Encendió la linterna esperando la señal, que no tardó en producirse. Los faros de un automóvil iluminaron el agua y hacia allí se encaminó no sin antes, ayudándose de una barra de hierro destrozar dos tablas, muy cerca de unas escaleras de piedra. Saltó a ellas en el preciso instante que la lancha se hundía. Un hombre salió a su encuentro.

—¿Y los demás? —le preguntó.

—Murieron. Tuvimos un tiroteo con la policía. Llevadme junto al jefe.

Recordó entonces que quizá su «*Parabellum*» se habría inutilizado con el agua, pero, no obstante, apretó la culata entre sus dedos.

En el interior del vehículo, conducido por el mismo que bajó al embarcadero, sintió por vez primera un estremecimiento. Las ropas se secaron en su cuerpo con el leve aire de la noche.

Se extrañó que no hubieran mandado más «gangsters», manifestándolo así al que conducía.

—No te sorprenda. Contaban con los que han caído.

El automóvil corría por la avenida de Chicago. Steve reparó que se dirigían al barrio comercial y en su corazón se abrió un recuerdo al penetrar por La Salle. Se detuvieron en el mismo portal por donde desapareciera la gentil Elisa Robin.

Siempre con la maleta en la mano, en el ascensor, Waring siguió

al que le guiaba hasta el cuarto piso. El chofer abrió la puerta con un llavín, pero no entró.

Atravesó el vestíbulo llegando a una especie de despacho donde Steve sufrió un gran sobresalto al ver a una muchacha.

—¡Usted! —dijo ella.

—Sí. Siento encontrarla en este lugar. ¿Está sola?

—No —respondió William Sperling, que llegaba en ese momento —. Enhorabuena.

El joven no respondió. Ignoraba si su arma funcionaría en caso necesario. Se contuvo merced a un supremo esfuerzo, sentándose.

—Dadme un buen trago de *whisky*. Estoy aterido de frío.

La mujer se levantó a servirle. El «boss» se acercó para tomar entre sus manos el maletín. Waring le cortó en seco.

—No tengas prisa. No voy a estafaros. De pretender hacerlo rae hubiera sido fácil huir. Eres demasiado impulsivo para mandar. Siéntate también o habré de levantarme. Estoy en inferioridad de condiciones si hemos de enredarnos a tiros.

William echó a broma las palabras de Steve.

—¡Qué cosas se te ocurren! Hay quinientos de gratificación por el trabajo.

—No eres muy generoso que digamos. ¿No le parece, señorita? Es usted muy buena fisonomista. Espero que no lo sea tanto la policía. Me ha reconocido pese a mi disfraz.

—¡Pobre disfraz! —se burló Sperling—. Has perdido las gafas y tu tez ha recobrado el color.

—Te equivocas. Las guardo en su estuche y providencialmente no se han roto.

La muchacha explicó al «gángster».

—Es el hombre de que te hablé.

El «boss» no respondió, malhumorado. Steve, depositando el maletín sobre una mesa, dijo:

—Deseo que le abráis en mi presencia.

—Esperemos al que trae la llave. Toma otra copa.

—Gracias.

El joven, sin una palabra, apuró la bebida y acomodándose en uno de los rincones sacó la «*Parabellum*», desmontándola hábilmente. Hizo un único comentario:

—Conviene tener dispuestos los colmillos por si hay que morder.

Una vez el arma en disposición de disparar metió una bala en la recámara. Luego, seguro de sí, inquirió:

—¿No te interesa la suerte de los que me acompañaban, William?

—Supongo que no les habrá sucedido nada. Tenían orden de no venir aquí.

—¿Y de nada más?

Desconcertado, el «gángster» repuso:

—No te entiendo.

—Sería estupendo que no mintieras. Tuve que matarlos para impedir que me asesinaran. ¿Interesante? Uno de ellos habló antes de morir. Me aseguró que tú…

Calló, jugando con la pistola. Sperling, muy pálido, no le perdía de vista.

—Continúa —apremió con voz ronca.

—Poco queda. Sigues la historia con demasiada atención para no ser culpable de lo de que un hombre moribundo te acusa: ¡de haber decretado mi muerte!

Sus palabras sonaron como trallazos. Elisa se revolvió inquieta en el asiento.

Hubo un largo silencio. Los sentidos se afinaban en espera de lo que parecía inevitable.

La tensión fue rota por el repiqueteo intermitente del timbre. Los tres miraron a la puerta en la que apareció un hombre joven, de rostro anguloso. Su cara expresaba alegría.

—Ya estoy aquí, amigos. ¡Buen chasco se han llevado los que me aguardaban! Supongo que tú eres el que recogió la maleta, ¿no?

—Sí.

—Te portaste bien. Llevábamos más velocidad de la prevista debido a unos minutos de retraso que ganamos a la altura del lago. Me llamo George Sprigg.

—Yo, Mac Pardee.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Steve pensó si no sería aquél el jefe, pero desechó pronto la idea. Según Madeleine no se mostraba a nadie.

El recién llegado procedió a abrir el maletín sacando los productos de belleza. William, inquieto, preguntó:

—¿No te habrán seguido?

—No. Quedaron tan apabullados que se les quitó el deseo de seguir trabajando.

Waring guardó la pistola en el bolsillo exterior de la americana, manteniéndola empuñada y en disposición de hacer fuego. No era necesaria la precaución porque Sperling estaba ocupado ayudando a George Sprigg. Éste indicó:

—Quitad las barras de carmín y deshacedlas con los dedos. Hay una piedra pequeña en cada una. Yo me ocuparé de la esencia.

Con una pequeña navaja arrancó la etiqueta de caucho de un tapón. A los ojos asombrados de Steve apareció un brillante.

—Muy ingenioso —comentó.

—Los «sabuesos» lo hubieran descubierto también.

Los frascos, de distinta anchura de cuello, dejaron paso a cajas de polvos. George deshizo las borlas en cuyo interior venía el contrabando.

Media hora después, mientras se lavaban las manos en una palangana que llevó Elisa, el «boss» dijo gozoso:

—Hay más de cuarenta piedras. ¡Una verdadera fortuna!

—Sí —replicó fríamente el contrabandista de joyas—. He terminado mi trabajo. Dame la «pasta» y me largo. ¿No sabéis quién puede haber dado el «soplo» a la «bofia»? Si no me doy cuenta en Buffalo de que me seguían, me caigo con todo el equipo.

William sacó del bolsillo de su americana un grueso fajo de billetes, que distribuyó entre Elisa y George, entregando unos cuantos a Waring. Éste preguntó:

—¿Qué os lleváis vosotros?

—Tres mil —respondió Sprigg con una chispa de ironía en sus pupilas.

—Entonces me faltan dos mil quinientos. ¡Venga!

El tono imperativo no dejaba lugar a dudas. El «gángster» sacó más dinero, dándoselo al joven, que inquirió de nuevo:

—¿Puedo confiar en que os estaréis quietos mientras le doy una paliza a un traidor?

—Desde luego —contestó Elisa Robin.

Waring, volviéndose a Sperling, habló:

—Diste orden de que me liquidaran porque no tienes valor para hacerlo cara a cara. Quiero machacarte esos labios de cerdo.

El «boss», airado, llevó su mano derecha a la funda sobaquera.

Antes de que lograra asir la pistola, ya estaba encañonado por la «*Parabellum*».

—Desármale, George. Lucharemos de hombre a hombre.

El aludido obedeció. Odiaba a William por su despótica autoridad.

—Podéis pegaros a gusto. No hay inquilinos en el piso de abajo.

Waring entregó su arma a Elisa.

—Te ofrezco mi vida. A pesar de todo tengo fe en ti.

Relampaguearon peligrosamente los ojos de George Sprigg. Amaba a la muchacha. Apartó a un lado la mesa.

Steve y Sperling, frente a frente, se observaron con ferocidad. Fue el «gángster», el primero en atacar, abalanzándose ciegamente contra su enemigo, que se apartó, no sin propinarle un fuerte izquierdazo en una oreja.

—Eres muy torpe para enfrentarte conmigo. Pesas demasiadas… arrobas.

El insulto encolerizó más a William, cuyos brazos se movieron intentando alcanzar al joven en la mandíbula. Éste, en un ágil juego de piernas, se echó atrás para descargar luego un terrible «uppercut» que derribó al jefe de la cuadrilla de pistoleros.

Esperó a que se incorporara, y sus puños machacaron virtualmente el rostro de Sperling, que, sabiéndose perdido, en un esfuerzo desesperado, consiguió apresar a Waring de la cintura, derribándole. Steve respiró el aliento del miserable, y en su rostro cayeron algunas gotas de la sangre que al «gángster» le corría por las cejas. Sintió que unos dedos de hierro se aferraban a su garganta, y sabiendo desesperada su situación, pretendió evitar, sin conseguirlo, la mortal tenaza.

Su vista comenzó a enturbiarse. ¡Era el fin! La cara de William se agigantaba en sus pupilas, entre velos grises y rojizos.

Recordó una llave de «*jiu-jitsu*» y alzó la mano derecha golpeando con los dedos índice y corazón los ojos de Sperling, que se echó a un lado gritando de dolor.

Steve aprovechó la oportunidad para ponerse en pie. Por un momento temió haber dejado ciego al hombre, que gemía. Se convenció de que no era así al verle pasar al ataque.

Deseando terminar la dura lucha, esquivó la acometida y de un formidable derechazo dejó al «boss» inconsciente.

—Gracias, Elisa. Cuando se despierte, le dices que estoy en el hotel de la avenida Archer.

Y con una leve inclinación de cabeza salió a la escalera, alcanzando la calle.

Se reprochó no haber adelantado ni un paso en sus investigaciones, creándose, en cambio, la enemistad de un tipo tan peligroso como William. Se propuso comenzar la noche próxima sus intentos de rehabilitación, y con un recuerdo para su hermana Elena, que estaría sufriendo por su causa, entró en el cuartel general del «gang» encaminándose a su dormitorio. Por fortuna no vio a Madeleine. Considerábase incapaz de fingir un amor que no sentía. Aquella mujer sólo le inspiraba lástima…

CAPÍTULO V

El club La Salle rebosaba de público, que bailaba a los acordes de una orquesta de «*jazz*» en la que todos sus componentes eran negros. Una vocalista afrocubana interpretaba las canciones más en boga, poniendo en su voz sensualidad y caricia.

Eran las doce de la noche. Los taponazos de champaña se mezclaban con las risas y las conversaciones.

—Perdóname un momento. He de actuar. Luego me reuniré contigo.

—Seré el primero en aplaudirte.

Elisa Robin se dirigió al templete de la orquesta y despreciando el micrófono esperó unos segundos mientras disminuían las luces y dos focos iluminaban su figura. Se hizo el silencio, y la muchacha dijo los primeros versos de una canción sentimental.

Steve Waring, desde su mesa, la contempló extasiado, dejándose envolver por la melancolía. La amaba.

La serie de hechos extraordinarios que se acumularon en unas horas, en su vida monótono y rutinaria, le hacían olvidar, a veces, la realidad de su situación de perseguido de la justicia.

Bebió una copa de champaña y el vino espumoso le trajo el recuerdo de Emily Bolt. ¡Pobre muchacha! Diariamente telefoneaba al hospital. La respuesta era la misma. Ninguna esperanza de salvarla. Continuaba en estado comatoso.

Se tapó la cara, como si quisiera alejar así la sangrienta visión del pasado. Se vio con el candelabro en la mano atacando a Douglas Forrest.

Una salva de aplausos le volvió a la realidad. Elisa Robin recogía el homenaje del público.

La joven llegó junto a Steve.

—Eres maravillosa. Tu voz es…

—No mientas. Durante la canción te he estado observando. ¿En qué pensabas? ¡Si vieras cómo duele verte sufrir así por lo que no tiene remedio! No eres responsable. Por defenderla a ella descargaste sobre Douglas los golpes de candelabro.

—Fue uno solo, pero bastó, Elisa. Necesito que sepas la verdad de mi condición humilde, de mi porvenir incierto ante la justicia y la vida.

Ajeno al alocado «*swing*» que interpretaba la orquesta, Waring comentó:

—Mi padre murió en circunstancias extrañas. Fue asesinado en plena calle. Una bala le atravesó el corazón…

Con tono de indudable sinceridad refirió su infancia en colegios gratuitos, y su ingreso en una escuela de aprendices, donde se hizo mecánico. Su hermana, cuatro años mayor que él, trabajaba en un taller de modas. Hicieron frente a la adversidad, y en la mayor modestia pasaron los años, sin ambiciones, sin penas.

—Una noche, al regresar a casa, me encontré con una invitada. Era Emily Bolt. Elena me la presentó como una antigua amiga. Durante la cena, las dos mujeres refirieron mutuamente sus vidas. Yo las observaba. Me deslumbró la elegancia, la belleza de Emily. Como todo joven, mi imaginación idealizaba los hechos. Era cantante. ¡Una artista! Hasta entonces sólo había tratado con chicas de mi condición.

Steve prosiguió su historia, salpicándola de hechos anecdóticos que se complacía en recordar.

—Era feliz. Mi hermana también. Grandes aficionados al teatro, para nosotros constituía un acontecimiento la noche en que, luego de ahorrar varias semanas, íbamos al «Monon». Tardamos más de un año en ver de nuevo a Emily. Al parecer estuvo en Florida pasando una larga temporada. Me dijo:

—Actúo en el «*night-club*» de la avenida Washington. Te espero una noche.

Me disculpé, y ella volvió muchas veces más, intimando conmigo. Extrañado de que prefiriera mi compañía a la de muchachos ricos, me contestó:

—Tienen el corazón podrido.

Llegó a obsesionarme la idea de sorprenderla con mi visita y me

dediqué a hacer horas extras hasta que conseguí reunir los dólares suficientes para no hacer el ridículo. Engañé a Elena pretextando la fiesta de cumpleaños de un compañero de trabajo y me dirigí al *cabaret*. Emily actuaba. La contemplé embelesado. Ella me divisó desde el escenario. Era la primera vez que entraba en un local tan lujoso y me sentía desconcertado.

Elisa Robin interrumpió el relato, con mal disimulada ansiedad:

—¿La amabas?

—No. Me deslumbraba su vida, su reputación de mujer de mundo. Charlamos de muchas cosas. Se nos acercó un hombre. Forrest. Pidió permiso para acompañarnos y aunque me pareció ver una mueca de contrariedad en el rostro de Emily, aceptó. Douglas llenó la besa de botellas de champaña, instándome a beber. Habilidosamente y aprovechando los ratos en que la muchacha cantaba, me hizo varias preguntas que contesté con sinceridad. Al parecer le había arreglado el automóvil sin recargar la factura con imaginarios conceptos. Elogió mi honradez. Forrest era ingenioso y desprendido. La velada resultó admirable…

Waring, tras una larga pausa en la que encendió un cigarrillo, con voz trémula refirió los sangrientos hechos, terminando:

—Sé que la policía no me creerá. Si muere Emily no tendré ni un solo testigo a mi favor, nada que demuestre que Douglas era un miserable y que detrás de mí, el mayordomo o quien fuere se apoderó de los objetos de valor, arrastrando el cadáver a la habitación. ¡Te juro, Elisa, que te he dicho la verdad!

La joven, emocionada, tardó unos minutos en responder. Afirmó:

—Te creo.

—Gracias. Me haces mucho bien. ¡Si pudiera encontrar a ese Wheaton le haría declarar qué pasó después de que me hube marchado!

Elisa Robin palideció tanto que Steve, alarmado, inquirió:

—¿Qué te ocurre? ¿Estás mala?

Con una sonrisa triste, ella repuso:

—No es nada. Sólo un mareo. Se me pasará con una copa.

Temblaba el cristal entre sus manos.

—¿Por qué no huyes al Canadá, Steve? Allí serías feliz. En cualquier momento pueden apresarte llevándote a la silla eléctrica.

—¡No! He de demostrar a los jueces que si maté a un hombre

fue en defensa de Emily. Me saldrán unos años de presidio, pero cuando cumpla la condena podré vivir como antaño, lejos de este mundo superficial y vano que nos rodea. ¡Qué asco de sociedad distinguida! Si se investigara debajo de los trajes de noche y de las blancas pecheras de los *smokings* encontraríamos, las más de las veces, carne de hospital o de presidio. Prefiero a los míos, con las manos sucias de grasa.

La voz de Waring reflejaba un profundo desprecio. Elisa le miró con el dolor reflejado en sus pupilas. Murmuró:

—Yo soy de ésas, Steve.

—¡No he querido ofenderte! Te conté mi historia porque te amo con toda mi alma. Si apaleé al bruto de Sperling no fue solo vengado su traición, sino para saciar mi ira al saberte complicada en los turbios manejos de los «gangsters». Tú eres buena. ¿Qué te llevó a esa vida?

—¡No puedo decírtelo! ¿Por qué el destino es tan cruel conmigo?

Elisa inclinó la cabeza con abatimiento. Por sus mejillas rodaron gruesas lágrimas.

La tensión-emocional fue rota por un camarero que se aproximó respetuoso:

—Su número, señorita.

Sin una palabra se incorporó alejándose de Steve que, impresionado, no fue capaz de imaginar qué motivaba tanta desesperación. La llegada de George Sprigg le distrajo.

—¿Me permite que me siente con usted?

—Sí, si se calla hasta que termine Elisa.

—De acuerdo.

El corazón de Waring se abrió para escuchar a la mujer que amaba. Sprigg llenó una copa de champaña ofreciéndosela a la muchacha, que regresaba.

—Toma, querida. Eres una esposa encantadora. ¿No es cierto que tengo fortuna, amigo Waring?

—Desde luego —contestó roncamente el aludido—. Ignoraba que estuviesen casados.

—No le hagas caso. En el último viaje a Europa nos fingimos una pareja en plena luna de miel. Nada tengo que ver con George salvo la complicidad en un asunto criminal. Te he dicho mil veces

que no me gustan esas bromas.

—Ya sabes que no pierdo la esperanza. Eres tan deliciosa como para justificar mi tenacidad. ¿No le parece, Steve?

Era la segunda vez que le llamaba por su nombre. El aludido, mirándole fríamente, advirtió:

—Se equivoca, amigo. Me llamo Mac Pardee. Sin duda me confunde con algún conocido suyo.

—Soy buen fisonomista. No le sirve de nada el bigote, el color del pelo ni la crema del rostro.

—Se olvida de las gafas —sugirió burlón Waring—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Es usted demasiado agudo, mejor dicho eres. Resulta absurdo que siendo futuros presidiarios nos tratemos tan ceremoniosamente.

—Entre nosotros no hay nada en común. No soy un profesional de la delincuencia.

—Nadie lo diría —contestó George sin desconcertarse—. Manejas bien las armas.

—Aprendí en la guerra, defendiendo a mi patria. Seguramente tú estuviste escondido como un cobarde.

Waring se puso en pie dispuesto a agredir al contrabandista de joyas. Éste, sin inmutarse, advirtió:

—No te exaltes, amigo. Puede haber algún policía que te reconozca. No te conviene un escándalo. ¿Bailamos, Elisa?

La muchacha accedió por separar a los dos hombres. Steve comprendió que intentaba amedrentarle con una posible delación. De nuevo pensó en Sperling como el que había revelado su verdadera identidad y murmuró para sí:

—Tendré que matarle.

Con un volcán de celos en su pecho, siguió las evoluciones de la pareja. Por dos veces la cantante le sonrió por encima del hombro de George, en un mudo mensaje de afecto.

Terminada la pieza, regresaron a la mesa. Elisa no tuvo más remedio que dejarles a fin de actuar por última vez en la noche. Sprigg aprovechó el momento para, sin perder su máscara de indiferencia, decir a Waring:

—Esa mujer me gusta y no me agrada ver a nadie en mi camino.

—¿Me amenazas?

—Te prevengo. En los Estados Unidos carezco de antecedentes

criminales y, ante la Ley, soy un ciudadano honorable. Si te cruzas en mi camino no vacilaré en emplear cualquier medio para apartarte.

Steve, con un brillo acerado en sus ojos, inquirió:

—¿Denunciándome?

—Tal vez.

—No lo harás, George. Si me delatas iré a buscarte aunque te escondas debajo de tierra. ¿Me oyes? Los tipos de tu ralea no me dan miedo, sino repugnancia. Si fueses hombre vendrías conmigo a cualquier sitio apartado para…

—¿Discutíais? —les interrumpió Elisa.

—No —respondió Waring por los dos—. Conversábamos amigablemente. George es un buen chico. Por cierto que se va a marchar ahora mismo.

—¡Y si no quisiera!…

—Baja la voz. Nuestros asuntos personales no le interesan a nadie. Escúchame. Si me detienen iré igual a la «silla» por uno que por dos asesinatos. Te estoy apuntando con el revólver. Tienes tres segundos para decidir.

—¡Vete, Sprigg! —meditó Elisa Robin—. Hazlo por mí.

El aludido, levantándose, accedió.

—Nos veremos en otro momento.

—Espero que sea a traición. Te falta valor para atacarme cara a cara. Da recuerdos al «boss» y avísale que pienso darle otra paliza.

El contrabandista salió del club La, Salle. La muchacha, asustada aún, musitó:

—No pierdas los nervios ni cometas imprudencias. Tienes que prometérmelo.

—No pensaba cumplir mi amenaza. ¿Cómo has podido convivir con gente así?

La pregunta no obtuvo respuesta. Elisa Robin, poniéndose en pie, rogó:

—Vámonos.

Waring abonó lo consumido, cogiendo su gabardina del guardarropa. Ayudó a ponerse a la muchacha una capa de piel de nutria y alcanzaron la calle.

—¿Te agradaría dar un paseo por el parque Lincoln? —propuso el joven.

—Sí. El aire de la noche pondrá paz a mi espíritu.

En un taxi se dirigieron al lugar indicado y, apeándose en el bulevar Fullerton, a pie, penetraron en la extensa zona verde de más de un kilómetro de superficie.

Avanzaron en silencio, deteniéndose unos segundos ante la estatura de Schiller. La luna iluminaba tenuemente el paisaje filtrando su luz a través de débiles capas de niebla. A lo lejos se oyó el rugido de un león[1].

—Con un poco de fantasía —comentó Steve— podemos creernos lejos del mundo civilizado. Las fieras me parecen menos peligrosas que los hombres. Elisa…

Ella le animó a continuar:

—Sigue. ¿Por qué te interrumpes?

—Iba a decir una cursilería de hombre pobre.

—Me gustaría oiría.

—Debe ser hermosa la vida lejos de las ciudades, cara al cielo y a la tierra que nos alimenta, en una rústica cabaña de campesinos, rodeados de hijos, con amor y esperanza… Muchas veces soñé con esto. ¿Querrías compartirlo? Antes me aconsejaste que huyera. ¡Ven conmigo! Iremos al Canadá. Los grandes bosques nos darán asilo y sustento.

—¡No puedo! —respondió ella con desesperación.

Waring se detuvo y, cogiendo a la muchacha por los hombros, habló apasionado:

—Yo abandonaría a mi hermana. ¿Tú a quién tienes que dejar que así tiemblas? ¿Es que no me amas?

—Sí, Steve. ¡Con toda mi alma!

—Entonces no vaciles. ¡Sé valiente! La felicidad es tan pasajera que hay que apresarla antes de que huya de nosotros.

La joven alzó sus hermosos ojos en los que había huellas de lágrimas. Waring, viendo cerca de sí la boca tan deseada, la besó con infinita ternura.

—Tu llanto es amargo, Elisa. ¡Yo quisiera compartir tu tristeza! Te he hecho partícipe de la mía. ¡Pobre amor el que vive de recelos y no es capaz de romper humanas ligaduras!

Tal desilusión había en las palabras del hombre, que la muchacha, abrazándole, murmuró apasionada:

—Te quiero. Concédeme un plazo para responderte…

Conmovido, Steve la besó en los ojos.

—No hablemos más de ello —dijo—. Te acompañaré a casa. Necesitamos descansar.

Despacio, por un paseo desde el que se divisaba el lago Michigan, dulcemente enlazados por el talle, los dos jóvenes llegaron al bulevar Fullerton y, en un automóvil de alquiler, alcanzaron el barrio comercial.

Waring observaba a Elisa, cuyo rostro era revelador de una lucha íntima, que se acentuaba más y más conforme se aproximaban a La Salle.

—Hasta mañana.

Ella la estrechó la mano.

—¡Ten cuidado, Steve! Te aguardan para matarte. No debiera decírtelo.

Saltó del vehículo. Waring, asombrado, no hizo intención de seguirla.

—Al parque Douglas.

Se recostó en el asiento meditando las últimas palabras. Era indudablemente que Sperling le había tendido una celada. Sonrió con ferocidad. Las circunstancias estaban haciendo de él un pistolero.

Se abstrajo tanto que le sorprendió oír al chofer:

—Ya hemos llegado, señor.

Saltó a tierra, tras abonar el importe de la carrera, y a pie, con la culata del arma empuñada en el bolsillo de la americana, anduvo, quién sabe si en busca de la muerte.

En la calle Cuarenta, totalmente desierta, contempló el paso de dos buques de casco cilíndrico que navegaban por el canal de Illinois, y cruzó por un puentecillo metálico desembocando en la avenida Archer.

Avanzó muy despacio, escudándose en los gruesos árboles. A unos diez metros del hotel se paró, escudriñando en todas direcciones. Iba a continuar cuando oyó que alguien decía:

—Ése no viene, Cort. Para mí que se ha olido la que le espera.

—Tal vez, Carry. Es un tipo peligroso.

Steve, desde su escondite, comprendió que los «gangsters» se hallaban en el hueco formado por la gruesa pared de cemento y ladrillo y la verja de entrada del hotel contiguo al que servía al

«gang» de cuartel general. De un salto, con la «*Parabellum*» en disposición de disparar, se mostró a sus compañeros.

—Aquí me tenéis.

Los forajidos alzaron sus revólveres, pero no llegaron a hacer uso de ellos. Dos detonaciones rompieron el silencio de la noche y los hombres de Sperling cayeron para no levantarse más.

Contempló con desprecio a los muertos, llamando después a la casa. No tardaron en abrirle. El que lo hizo le miró con ojos de asombro, no creyendo posible que los disparos hubiesen acabado con los que acechaban en el exterior.

—¿Dónde está William?

—En la sala, con los demás muchachos. Planean no sé qué.

Su entrada, con el brazo armado caído a lo largo del cuerpo, produjo sensación. Madeleine se incorporó con alegría.

—¡Vaya!… Veo que no me esperabais. ¡Defiéndete, William! Vengo a matarte.

El «boss» no movió ni un solo músculo.

—Dime antes por qué.

—Carry y Cort podrían explicártelo, pero los he tenido que matar. Están ahí fuera. ¡«Saca» o te mato como a un perro! Es más fácil ordenar que me asesinen que enfrentarse conmigo.

—¡Ah, vamos! ¿Es por eso? Toma. Lee el periódico. Ofrecen mil dólares por quien te entregue vivo o muerto. Sin duda quisieron ganarse el premio. No soy tan necio para liquidarte cuando más te necesito. El F. B. I, anda detrás de nosotros.

No convencido por las palabras de Sperling, Waring se sentó en una silla, apoyando el respaldo en la pared, mientras el «boss» ordenaba a los tres «gangsters» que había con él:

—Sacad el «Cadillac» y llevad a esos imbéciles lejos de aquí antes que se presente la policía.

Una vez que quedaron solos William, Steve y Madeleine, el primero habló:

—Por mi parte olvidé el pasado. Se trata de cumplir órdenes del jefe. Al parecer, en el puerto de Nueva York, uno de los contrabandistas a nuestras órdenes, antes de ser detenido, disparó contra un miembro del Federal Bureau of Investigation, matándole. El jefe quiere echar tierra al asunto, pero no es posible porque en la semana próxima llegan más brillantes. Hay millones de dólares en

danza. Nos ofrece cincuenta mil a cada uno si en un golpe audaz hacemos entrar las joyas. El plan es el siguiente.

Sperling habló, sopesando mucho cada una de las palabras. Una vez que hubo terminado, preguntó:

—¿Qué te parece?

—Bien, si no se trata de una trampa.

—Iré yo contigo. ¿Te basta?

—Por el momento, sí. Necesito un anticipo. Cinco mil —como William vacilara, apremió—: No pierdas el tiempo. Si no, no hay nada de lo dicho.

—Voy por los billetes. Te lo daré de mi dinero particular y te lo desquitaré al pagarte.

El «gángster» salió. Era lo que pretendía Waring.

—Madeleine, no me mientas. ¿Mandó Sperling que me mataran?

—Sí —respondió ella mirando con temor la puerta por donde desapareció el forajido—. Te tiene miedo. Pensaba realizar ese trabajo con tu amigo Ritter. Te lo encarga a ti para congraciarse y que te confíes. ¡Es un traidor!

—Lo suponía.

No pudieron hablar más. El «boss» llegaba con un fajo de billetes.

—Toma. Partiremos mañana a las dos de la tarde.

—De acuerdo. Me voy a dormir fuera. No estoy seguro dentro de estas paredes.

—Haces mal. Podrían detenerte.

—Soy más listo que ellos.

Abandonó la casa. Acababa de ocurrírsele una idea y necesitaba ver urgentemente a su amigo Joss Temple, el prometido de su hermana e inspector del
F. B. I.

CAPÍTULO VI

—No conseguí nada, ni aun siquiera la prueba de que Douglas Forrest era un miserable. Sin embargo, el corazón me dice que encontraré al mayordomo en los bajos fondos de la ciudad. No quise comprometerte, Joss, y no utilicé tu departamento. ¿Qué tal el viaje?

—Bien. Regresé anoche de Washington. Me han encargado la captura de los asesinos de un compañero. No sabes lo que te agradezco los informes. ¿No imaginas la identidad del jefe?

Steve Waring bebió despacio un sorbo de *whisky*, meditando mucho la respuesta.

—No. Hubo un momento que llegué a pensar en George Springg, pero es demasiado cobarde. ¿Te ocupaste de lo mío?

—Sí. Me entrevisté con el capitán Gilbert Ellis, de la Metropolitana, un viejo amigo. Por él sabía tu visita al hotel contiguo. No debiste matar al viejo. Los otros dos eran «gangsters». El carecía de antecedentes criminales.

Waring saltó de su asiento.

—No lo hice, Temple.

—Tu situación se ha complicado con el nuevo delito que te imputan. No ha sido posible conocer la identidad del anciano y la policía investiga el paradero de los arrendatarios del hotel para resolver tal incógnita. La recompensa complica más la cuestión.

Se hizo el silencio. En el despacho del inspector, los dos hombres reflexionaban. Fue Waring el primero en hablar.

—¿Quién ha dado ese dinero? La Prensa se limita a comunicar la noticia.

—El propio Forrest —fue la desconcertante réplica—. En su testamento hay una cláusula curiosa que copié para leértela —sacó

un papel del bolsillo—. Dice así: «En mi profesión de criminalista tuve la desgracia de crearme enemistades de indeseables. Por si me asesinaran, ordeno dispongan de mil dólares como premio a conceder al que aprese a mi matador. Si tardaran más de cuarenta y ocho horas en descubrirle, se incrementará en nueve mil más. El resto de mi fortuna la dejo a la Junta Protectora de Animales, siempre más nobles que los hombres»… Es grande la recompensa para que nadie resista la tentación de denunciarte. En su casa encontramos una pistola a la que le faltaba una cápsula.

—¿La «Germán Luger»?

—No. Ésa no había sido disparada. Una de mujer, y un pañuelo con manchas de sangre y las iniciales E. B., Emily Bolt. La policía no ha logrado identificar el arma.

Waring, con ansiedad, inquirió:

—¿Qué tal sigue?

—Mal. La tensión disminuye. Se prevé un próximo fin.

—¡Pobre!

—Tu hermana no se separa de ella. Cree que la mataste tú.

—¡Yo no lo hice! —gritó Steve—. Me limité a darle a Forrest un golpe con el candelabro.

—Te equivocas. Fueron dos.

Waring abrió mucho los ojos. Su rostro se tornó lívido para después enrojecer. Cogió a Joss fuertemente por los hombros.

—¡Alguien estuvo detrás de mí! ¡Yo no le maté!

—Tranquilízate. Por desgracia sólo hay tus huellas en el bronce. ¿Tienes seguridad de lo que afirmas?

—Completa. ¿Dices que había sangre en el teléfono?

—Sí, y ello justifica la tesis policial. Douglas fue muerto cuando intentaba comunicar, después de haber sido herida la muchacha.

En el cerebro de Steve comenzaba a hacerse la luz.

—Ya sé por qué arrastraron el cuerpo hasta el dormitorio. ¡Yo no maté a Forrest! Fue Wheaton, el mayordomo. Sin duda, creyéndole muerto, comenzó a desvalijar la casa. Entonces oyó hablar a su amo y descargó el mazazo mortal. Luego, para desorientar a todos, le escondió debajo de la cama, huyendo.

—Hay que demostrarlo. No entregándote a las autoridades reconociste tu culpabilidad.

La sonrisa cruel de Waring desconcertó a su amigo.

—Yo descubriré al asesino. Te lo aseguro.

Joss movió dubitativamente la cabeza.

—Eso será si antes no te cogen o te matan. Ñame atrevo a darte ningún consejo. No es mala tu caracterización. ¡Lucha!

—Gracias, Temple. Mañana salgo para Nueva York. A mi regreso vendré a notificarte lo que haya. Te —dejo.

—Adiós.

Se abrazaron, deseándose suerte. Temple advirtió:

—Procura tirar siempre el primero si se trata de indeseables. Cuida de no enfrentarte a la policía.

—Lo procuraré.

Waring abandonó la casa. Amanecía.

En un taxi se dirigió al cuartel general del «gang». Todos dormían, menos el hombre de guardia. Atrancó su habitación por dentro y se dispuso a descansar.

Le despertaron unos fuertes golpes en la puerta. Malhumorado preguntó:

—¿Quién es?

—Sperling. Salimos dentro de media hora.

—Voy para allá.

Se vistió rápidamente y, metiendo una bala en la recámara de la «*Parabellum*», entró en el comedor. William y su amigo John Ritter le saludaron.

Almorzó con apetito, sin cambiar palabra con sus compañeros. Apenas hubo terminado se puso en pie.

—Cuando queráis.

Los tres «gangsters» montaron en un «Cadillac». Ritter conducía.

—¿Vienes con nosotros, John?

—Sí.

El vehículo, a moderada velocidad, atravesó Chicago. Una vez en Lake Shore Drive, enfilaron hacia Milwaukee, en Wisconsin.

Sperling fumaba en silencio, visiblemente preocupado.

—¿Sale algo mal? —inquirió Waring.

—No. Me parece estúpido ir hasta un hidroavión que nos aguarda en el lago a plena luz del sol. El jefe lo ha dispuesto así y hay que obedecer. Me temo lo peor.

Contra las predicciones del «boss», treinta minutos después volaban sobre la ciudad.

Cruzaron el lago Erie. El bimotor no fue molestado por las autoridades aéreas de los aeródromos de Pensilvania. Ritter pilotaba.

—¿Vamos muy deprisa? —interrogó el «boss».

—A doscientos cincuenta kilómetros por hora.

William consultó su cronómetro.

—Acorta la velocidad. Quiero llegar al Atlántico avanzada la noche.

John obedeció. El «boss» iba de buen humor. Waring decidió aprovechar el momento sicológico.

—¿Conoces a un tal Wheaton? Sé que habita en Chicago y que está enfermo. Me gustaría ayudarle. Debe trabajar para algún «gang».

—¿Wheaton?… Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Estaba de criado con Douglas. Desapareció la noche del asesinato. Temo que le capturen y le obliguen a decir más de lo que sabe. Su único amigo era un viejo del chalet inmediato y le mataron.

El rostro de Sperling se abrió en un gesto de sorpresa.

—Ignoraba lo que acabas de decirme. Pregunta a Elisa y a George Springg. Vivían allí antes de partir para Europa.

El corazón de Steve latió acelerado. ¡Eran ellos a quienes buscaba la policía!

No hablaron más. La noche había caído cuando John Ritter interrumpió el silencio.

—Dentro de cuarenta minutos llegaremos a Nueva York. ¿Vuelo sobre la ciudad?

—No. Desvíate al sur, entre Trenton y Filadelfia. Una vez en el mar te daré instrucciones…

* * *

El trasatlántico «Libertad» avanzaba con todas las luces encendidas. Los salones de cubierta hallábanse repletos de un público ansioso de divertirse en las últimas horas de travesía.

Dos orquestas se turnaban para no dar reposo a los bailarines.

Un hombre bebía muy despacio una copa de coñac, que calentaba en sus anchas manos. Su rostro serio contrastaba con el

de sus compañeros, un joven matrimonio sudamericano que regresaba de una «tournee» por Europa.

—¿Le ocurre algo, Winslow? —inquirió la mujer.

—Un poco de jaqueca.

—Pruebe a ver si se le quita bailando. ¿No me desairará?

—No, Raquel. Es un verdadero placer.

La pareja se confundió con las muchas de la pista.

—Un telegrama para el señor Winslow —dijo un camarero—. ¿No está con ustedes?

—Sí. Danza con mi señora. Déjelo en la mesa. Yo se lo daré.

Puso un dólar en las manos del sirviente, que se retiró.

Tras convencerse de que nadie le observaba, el sudamericano pasó una fina navaja por el pegado borde del papel, desdoblándolo. Leyó:

> «Vigile bien. Intentan desembarcar la mercancía antes de llegar a puerto. Se ignora el procedimiento».

No llevaba firma. El individuo masticó un pequeño trozo de miga, restos de la cena, pegando de nuevo el mensaje. Después lo colocó junto a la copa de Winslow mientras su rostro reflejaba preocupación.

Terminada la pieza, Raquel regresó con su acompañante.

—¿Ves, querido? ¡Se ha curado! No hay nada como una buena inyección de «*swing*».

—Lo celebro. Trajeron un telegrama.

Llenó las copas de champaña, empujando la suya con el codo. El licor manchó el papel.

—¡Perdone!, Winslow. Soy muy torpe.

—No se preocupe.

Con precaución, pues se había mojado por completo, extendió el mensaje sobre la mesa.

—Discúlpenme. Son asuntos de negocios.

Leyó su contenido bajo la inquisitiva mirada del sudamericano, y luego se levantó.

—He de ir a mi camarote. Dentro de un rato me reuniré con ustedes.

Hizo una leve inclinación de cabeza, saliendo a cubierta. ¡Se aproximaba el fin del viaje y podía considerarse fracasado! A pesar de la inestimable ayuda del capitán, no le fue posible localizar a los contrabandistas de joyas.

Tim Winslow, del F. B. I., perteneciente a la Oficina de Narcóticos, solicitó voluntario una misión que, si bien escapaba a los fines de su Departamento, entró de lleno, ya en ruta, con el asesinato de un miembro del Federal Bureau of Investigation.

Acodado en la barandilla de popa miró la ancha estela que dejaba el buque a su paso.

—¿Muy preocupado?

Winslow se volvió, distinguiendo al primer oficial, un virginiano de sonrisa cordial.

—Sí. Pronto llegaremos a Nueva York y habré de presentarme a mis jefes con las manos vacías.

—Tal vez porque no haya en el barco nada con qué llenárselas. Las autoridades aduaneras son muy rigurosas.

—Lo dudo. Tenemos buenos informes. Lea.

Le tendió el telegrama. En ese momento un avión pasó sobre el barco. El agente elevó su mirada a la altura. El aparato llevaba las luces encendidas y se perdió a lo lejos. Una idea cruzó como una ráfaga el cerebro de Tim Winslow.

—¿Y el capitán? —inquirió.

—En la cabina de mando.

—Voy a reunirme con él. Si observara algo extraño, avíseme.

—Lo haré con mucho gusto.

El agente del F. B. I, ascendió por una escalera metálica y, tras caminar unos metros por un estrecho pasillo, llegó a una habitación donde el timonel orientaba el rumbo de la nave bajo la vigilancia de los oficiales.

El capitán del «Libertad», Dryden Sands, le recibió cordialmente.

—Le esperaba. Me mostraron una copia del mensaje.

—Sí. Nos sobrevoló un avión. ¿No utilizarán un procedimiento semejante?

—Lo dudo. Desde aquí puede vigilar. Así me hace compañía.

—¡Quiera Dios que no sea inútil la espera!

* * *

John Ritter advirtió a sus compañeros:

—Ahí está.

William Sperling y Steve Wering miraron. A sus pies, como un gigantesco monstruo, avanzaba el trasatlántico.

—Crúzalo. Aún nos sobran treinta minutos.

El «boss» sacó un mapa, entregándoselo al piloto.

—A las tres en punto amara en el lugar indicado con una cruz.

El «gángster» permaneció unos momentos pensativo. Después, sin una palabra, se dirigió a la popa del avión sacando un bote de materia plástica y dos remos.

—Nos acompaña la suerte, Waring. Creo que todo irá bien.

El aludido asintió, examinando su pistola en un gesto teatral que agradó al sanguinario William.

—No hará falta, muchacho; pero conviene ir prevenidos. Fumemos. El tabaco es un buen calmante para los nervios.

El «hidro» describió varios círculos, posándose suavemente en el agua.

—Vamos —ordenó Sperling—. El mar en calma es nuestro mejor aliado.

Pusieron a flote la embarcación, montando en ella. A lo lejos se divisaban las luces del navío.

—Necesitaremos nervios de acero. Estamos dentro de la hora.

—¿Cómo pudo el jefe precisarla? —inquirió Steve con curiosidad.

—En el barco hay dos agentes nuestros que desde las tres a las cuatro de la madrugada vigilarán el costado de estribor del buque. Está previsto el posible retraso. En cuanto a la ruta, es difícil que se desvíe. Va en línea recta a Nueva York. Ocúpate de que no nos atropelle el barco, pero no te separes mucho.

Steve no contestó, contemplando con inquietud la mole que avanzaba hasta ellos. Distinguía perfectamente las luces de los camarotes.

De dos vigorosas remadas se apartó a la derecha gritando a Sperling:

—¡Agárrate bien!

El agua que desplazaba el transatlántico hizo moverse a la frágil

embarcación. El «boss», al ver ante sí el navío, encendió repetidas veces su linterna. Le contestaron del mismo modo y algo, iluminado tenuemente, cayó a unos metros de distancia.

Bogaron hacia el objeto que flotaba. Una detonación les hizo comprender que habían sido descubiertos.

Llegaron a un salvavidas, al que había atado un pequeño maletín y una linterna encendida, que el «gángster» se apresuró a apagar lanzando un juramento. Una bala silbó peligrosamente sobre su cabeza.

Pese a que Waring se había esforzado en alejarse del barco, se vieron envueltos en el remolino de agua que dejaba el «Libertad». Sperling gritó algo que Steve no pudo oír…

* * *

Se disponía Tim Winslow a abandonar el puesto de mando, cuando el piloto dijo:

—Luz a estribor, mi capitán.

Los dos hombres distinguieron un leve parpadeo.

—¡Es una señal! —exclamó excitado el agente del

F. B. I.

—. ¡Arrojan algo al mar y una lancha se acerca a recogerlo!

Sacó la pistola, haciendo fuego varias veces. Observó el ventanillo del camarote de primera de donde tiraron el salvavidas.

—¡No se escaparán! —rugió.

Descendió veloz por las escalerillas, alcanzando el paseo de cubierta. Raquel, su amiga sudamericana, le interceptó el paso:

—¿Va muy deprisa, Winslow?

—Sí… Es algo urgente.

—Quisiera hacerle una consulta. Mi marido…

—¡No puedo atenderla ahora!

Quiso apartar a la muchacha con el brazo, pero ella se colocó frente a él.

—Escúcheme. Todo puede esperar cuando se trata de una mujer bonita…

Rudamente, el agente del Federal Bureau of Investigation la empujó a un lado. Un pasajero, agarrándole por las solapas, le detuvo:

—¡Sólo un canalla maltrata a una mujer!

Perdido el dominio de sus nervios, Winslow golpeó con el puño cerrado el mentón de un individuo corpulento vestido de etiqueta, que retrocedió unos pasos para abalanzarse contra su agresor, apresándole por la cintura.

Rodaron, pegándose con ferocidad. Raquel gritó histéricamente, y del salón inmediato salió un grupo de hombres que separaron a los contendientes.

El del F. B. I, quiso marcharse, pero se lo impidieron, cogiéndole del brazo.

—¡Quieto! Ha de ir a presencia del capitán. Me parece, señor Winslow, que se ha comportado muy a la ligera. Teníamos mejor concepto de usted. ¿Es cierto que empujó a la señora?

Airado por su fracaso, el aludido respondió con brutalidad:

—Sí, ¡por cien mil diablos! ¡Lo único que siento es no haberla tirado al mar!

—¿A mi esposa? —inquirió una voz detrás de él—. Tendrá que darme una explicación en tierra.

—Las que desee.

La llegada del capitán calmó los excitados ánimos. El detective de a bordo, que aún sujetaba a Winslow por el brazo, explicó lo ocurrido.

—Le impedí que se alejara.

—Mal hecho. Navegamos en aguas jurisdiccionales de los Estados Unidos. Le sobran motivos para proceder así. Despejen, señores. No ha ocurrido nada. ¿Quiere acompañarme a mi camarote?

El agente accedió, marchando en pos de Dryden Sands. Una vez solos, Winslow refirió lo sucedido, escuchando un único comentario.

—Demasiadas coincidencias. Vigílelos.

—Será inútil. Carezco de pruebas para detenerles.

Salieron a cubierta. Un hidroavión describió un círculo alrededor del barco, como si se burlara de los defensores de la ley. Luego, con las luces apagadas, se dirigió a Nueva York.

—Telegrafíe comunicando lo ocurrido, capitán. Ahí van los contrabandistas.

* * *

William Sperling, gozoso, ordenó:

—A todo motor, John.

Apenas volaron sobre tierra, de los flotadores del hidro surgieron dos ruedas, accionadas mecánicamente desde el cuadro de mandos.

—Aterriza en esa granja. Dentro de poco el cielo se poblará de aviones en nuestra búsqueda.

Ritter obedeció y el aparato fue escondido en un pajar. Un individuo salió a recibirles.

—¿Sin novedad? —inquirió.

—Sin novedad. ¿El automóvil?

—Preparado. Yo mismo conduciré.

Minutos después un «Studebaker» corría por la carretera de Nueva Jersey rumbo a la estación de ferrocarril de Kingston, donde llegaron con las primeras luces del alba.

Con un rugido de la poderosa máquina, se detuvo el tren, en el que montaron Ritter, Sperling y Waring. Un mozo les llevó a un departamento de primera.

Una vez solos, el «boss», complacido, invitó:

—Bien. Creo que nos merecemos un trago.

Del bolsillo trasero del pantalón sacó un aplastado frasco de *whisky* ofreciéndoselo a los dos hombres, que bebieron.

El tren arrancó entre un chirrido de hierros.

—Un dinero fácilmente ganado —comentó John.

—No hay que cantar victoria todavía —advirtió William—. La parte más difícil está hecha, pero queda llegar a Chicago. Nos dividiremos.

Con una pequeña llave que extrajo del bolsillo del chaleco abrió el maletín, sacando seis paquetes.

—Dos para cada uno. Son petacas de puros llenas de piedras. Los del barco prescindieron del «camouflaje» por demasiado voluminoso.

—¿De qué forma consiguieron comunicar con ellos sin despertar sospechas? —preguntó Waring.

—En clave, en un mensaje familiar. No me importa decíroslo porque cesaremos en estas actividades durante algunos meses, hasta

que se olviden de nosotros. Las órdenes son las siguientes. Yo me apearé en Cleveland y entraré en Chicago en uno de los autobuses de la línea regular. Tú, Waring, saltarás en Toledo, dirigiéndote por carretera a Detroit, donde entregarás la mercancía a un individuo llamado Peufield. *La* consigna es: «Un buen viaje el de tierra y mar». Ya te daré sus señas. Después tomarás el tren de las nueve. Tú, Ritter, continuarás en el departamento. ¿Alguna pregunta?

—No, por mi parte. La cosa está clara —respondió Steve.

—Demasiado —comentó John—. Me toca la peor parte. Tal vez en Chicago me aguarde la policía.

—No digas bobadas. Si nos separamos es para que nunca nos puedan capturar a los tres juntos, perdiéndose todo el contrabando. Nadie sospecha que viajamos en tren. Si alguna denuncia hay será para un hidroavión que se hartarán en buscar las escuadrillas militares. Dos muchachos te esperarán en el andén.

Oyóse una campanilla anunciando el primer turno de desayuno. William previno:

—Iremos separados al comedor. Tengo un hambre de lobo…

* * *

Muchas horas después, ya en el ferrocarril que desde Detroit le llevaría a Chicago, fueron aumentando los recelos de Steve Waring. Era muy extraño que de los tres él fuera el único que no entraba en la ciudad con las joyas. ¿Acaso desconfiaban? No. Sin duda era para que la policía no se apoderase más que de su persona.

Cenó en el coche restaurante, deseando hallarse en Michigan City para continuar el viaje por carretera, cosa que hizo, respirando con alivio.

El coche de alquiler era moderno y el incentivo de una propina impulsaba al chofer a aumentar más y más la velocidad.

—Lléveme a la estación de Illinois.

Steve había ganado quince minutos al ferrocarril. Necesitaba comprobar si eran ciertas sus sospechas.

Sin apearse del vehículo esperó, en las inmediaciones de los andenes. Vio junto al suyo tres automóviles vacíos de la Patrulla Móvil. Se apeó decidido, advirtiendo al conductor:

—Cuando llegue el tren ponga el motor en marcha. Se trata de

un grave asunto.

Penetró por la puerta principal, que comunicaba con un rellano, adornado con flores y plantas. Preguntó a uno de los empleados:

—¿Por qué vía llega el tren de Detroit?

—Por la segunda.

—Gracias.

Desde su observatorio se divisaba perfectamente el andén. Peufield le entregó el billete con reserva que correspondía al segundo vagón a partir de la máquina.

Paseó, con ademán despreocupado, fumando un cigarrillo. No había mucha gente y le pareció distinguir entre los que aguardaban a algunos hombres con aspecto de policías. Asimismo, en las distintas puertas de salida de los andenes, había grupos de agentes. Era indudable la traición.

El silbido de una locomotora le hizo reaccionar. El tren avanzaba, acortando la marcha hasta detenerse por completo. Entonces sucedió algo impresionante.

Media docena de individuos saltaron a la segunda unidad, pistola en mano, mientras por todas partes surgían uniformes que rodeaban el convoy:

Juzgó peligroso aguardar más y montó de nuevo en el taxi.

—Al barrio comercial.

El chofer no contestó, preocupado en ganar lo antes posible la West 12th Street.

Tan abstraído iba en sus no muy gratos pensamientos, que tardó en darse cuenta de que el automóvil iba en dirección contraria a la que indicara. Tecleó con los dedos en los cristales, diciendo:

—Oiga, amigo. Se equivoca de camino.

—No lo creas, Steve. Quiero charlar un rato contigo.

—¡Joss Temple! ¿Cómo adivinaste?

—Te vi salir del coche y me fue fácil convencer al conductor para que me permitiera ocupar su puesto. Hube de dejarle mi carnet y con él la seguridad de que cobraría. Vamos a mi casa.

—No. Echa una ojeada. Un automóvil no nos pierde de vista.

En efecto. El inspector pudo comprobar que eran seguidos y aumentó la marcha, con una sonrisa en el rostro.

—Les daremos un buen chasco. Nos detendremos en el Auditórium. Hay tantas salidas que se necesitan diez hombres para

guardarlas. Al parecer sólo pretenden saber dónde vas.

—¿No será la policía?

—No. Sin duda se trata de tus «amigos» —subrayó irónicamente la palabra—. ¿Qué tal fue todo?

—Admirable. Me estoy convenciendo de que vuestro Departamento es más torpe de lo que aparenta.

El rostro de Temple se ensombreció.

—Ya me lo dirás al final. ¡Salta! Te aguardo en Wester Avenue. Suerte.

Waring tardó unos segundos en alcanzar la entrada principal del Auditórium, en la calle del Congreso. Después cruzó el patio, con pavimento de mosaico, y penetró en el gran edificio de diez pisos y cien metros de fachada. Rápido se dirigió a la salida de la avenida Michigan, y allí, luego de convencerse de que no era seguido, tomó un taxi, ordenando:

—A la Wester. Le diré dónde ha de parar…

* * *

El agente Tim Winslow, acodado en la barandilla del puente, esperaba con la llegada del amanecer el arribo al puerto de Nueva York. El gran faro de la estatua de la Libertad guiaba en la noche al trasatlántico «Libertad».

El hombre del F. B. I, meditaba sobre la extraña actitud de Raquel. Como el capitán creía que eran demasiadas coincidencias para atribuirlas a la casualidad. La mujer, sin duda, esperaba a que bajase para entretenerle y que su cómplice huyera, haciendo desaparecer las posibles pruebas condenatorias.

Absorto en sus pensamientos, no sintió a su espalda los pasos furtivos de dos individuos. Uno de ellos le golpeó en la cabeza con una porra de goma; pero Winslow, que intuyó el peligro en el último instante, habíase vuelto, esquivando en parte la acometida. Medio aturdido, alzó la pierna derecha, propinando un brutal puntapié en el estómago a uno de los atacantes, que gimió de dolor. El agente del Federal Bureau of Investigation, apoyando la espalda en una de las columnas, alzó los brazos en un desesperado gesto de defensa. No pudo evitar que le pegaran de nuevo en la frente. Su vista se nubló.

Quiso gritar y la voz se estranguló en su garganta. ¡Había llegado el final! Era mejor así que confesar su derrota.

Un mazazo brutal en los sesos le derribó inconsciente.

—Era un tipo duro —comentó uno de los agresores.

—Tírale al mar. Un buen bocado para los peces.

Se agacharon para consumar el crimen, pero el ruido de un hombre que se acercaba les hizo correr a esconderse detrás del esquinazo formado por el camarote del segundo oficial.

Tratábase de un marinero, que se inclinó sobre el caído, gritando algo. Minutos después el lugar se llenaba de tripulantes. Tim Winslow acababa de salvar milagrosamente la vida…

CAPÍTULO VII

Waring, de acuerdo con el ingenioso plan ideado por Joss Temple, llamó repetidas veces al timbre de la casa que en La Salle habitaba Elisa Robin.

Apenas hacía dos horas que llegara a Chicago. Confiaba en hallar reunidos a los elementos principales de la banda. No se equivocó. Una vez en el interior, William Sperling, John Ritter y George Sprigg se levantaron con la inquietud reflejada en el semblante. Madeleine Greeve sonrió al verle.

—Hola, amigos. Os advierto que no he resucitado. Soy muy listo para dejarme coger. ¿No me invitas, Elisa?

—Nos preguntábamos hace un momento quién podría haberte delatado.

La voz de la muchacha denotaba angustia. Sin perder su apariencia tranquila, Steve contestó, tomando entre sus manos el vaso que le ofrecían.

—No dramatices. Mi persona tiene poco valor para algunos miembros de la organización. Además no llevaba conmigo los brillantes. Me obligó el «boss» a entregarlos a un tal Peufield, en Detroit. Me alegré de la orden, pues he hecho el viaje sin otras preocupaciones que evitar que me capturasen por un delito antiguo que alguien propaga con demasiada ligereza. Ten la seguridad, Elisa, de que en esta habitación está el traidor.

Los nervios de todos se pusieron tensos. Waring habló de nuevo.

—No os alarméis. La cobardía me inspira únicamente desprecio. No vengo a reñir sino a cobrar mi parte. Algo muy justo, ¿verdad, Sperling?

—Desde luego. Siéntate. He de ir por el dinero.

—¿A la calle?

—No; a la caja fuerte del despacho.

—La cosa varía. Cuando hay un dólar por medio no me fío de nadie, Elisa…, ¡de nadie! ¡Ah, William! Me olvidaba. Has de reprender a los que iban detrás de mí. Son unos pobres chicos con los que me entretuve en jugar como el gato con el ratón.

—No te entiendo.

—Ni hace falta, «boss». Yo digo las cosas para que queden en el aire. ¿Qué tal, Madeleine? Con tantos «sucesos» no me había acordado de decirte lo bonita que eres. No creo que te enfades por el piropo, Sperling, aunque daría algo porque así fuese…

El tono incisivo, cortante, de Steve hizo palidecer a los que le rodeaban.

Hubo un largo silencio en el que la muerte pareció hacer el recuento de sus futuras víctimas.

George Sprigg encendió un habano, aspirando el humo con deleite. Comentó:

—¡Qué grata reunión! Por nada del mundo me hubiera perdido el discurso de Waring. Equivocaste la profesión, amigo. En vez de asesino debiste ser… abogado.

Rompió en una estrepitosa carcajada, que se heló en sus labios al ver acercársele a Steve, con la mano muy cerca de la funda sobaquera. Todos contuvieron la respiración sin atreverse a intervenir. El muchacho, junto al que le provocaba, quedó quieto, como una estatua. Luego sus dedos se movieron, cogiendo un puro del bolsillo de pecho de George.

—A mí también me gustan los cigarros. No os asustéis.

Respiraron aliviados, mirando con respeto a Waring que, con pulso firme, prendió fuego al habano.

—¿Por qué no nos pagas, William? Así cada uno hará lo que se le antoje. ¿No os parece?

Fue Elisa Robin la que respondió:

—Sí; pero es conveniente esperar. Cuando nos separemos será para varios meses. Tal vez el jefe quiera hablarnos.

—De acuerdo. No obstante…, ¡estaría más tranquilo con mis dólares en el bolsillo! ¿Y tú, Ritter?

—Opino del mismo modo. Pueden ocurrir… «accidentes».

—La muchacha, ante el asombro de Waring, entregó al «boss» una llave, diciéndole:

—No hay obstáculo. Hemos de cumplir nuestros compromisos.

El «gángster» salió, regresando con un buen puñado de billetes, que distribuyó.

George Springg, poniéndose en pie, comenzó en tono solemne:

—Señores… una gran noticia. Les invito a mi boda con… Elisa Robin. Sorprendente, ¿verdad, Steve?

—No te creo.

—Ella misma lo dirá. El amor es siempre correspondido. Nuestros amigos quieren convencerse de que no les miento, querida.

Elisa, con voz trémula, asintió:

—Es cierto.

Waring experimentó un dolor infinito. La mirada de Madeleine iluminóse de alegría. Temió que la joven fuera un obstáculo en sus futuras relaciones con Waring. No dudaba que el muchacho «liquidaría» al brutal Sperling.

—Felicidades —deseó Steve—. ¿Me permites un consejo, George?

—Los que quieras.

—No te fíes nunca de las mujeres. Son falsas…, hipócritas…, cerebrales… —cada palabra sonaba como un trallazo en el corazón de la muchacha—. Te prometen y juran amor cuando les conviene para traicionarnos en el momento justo. ¿Me das la mano, Elisa? Quiero transmitirte el emocionado calor de mi satisfacción.

Tendió muy despacio su diestra para que todos viesen que no temblaba. La muchacha rompió en un sollozo, saliendo del cuarto. Sprigg, cínico, aclaró:

—Es natural. La felicidad se manifiesta en risa o en lágrimas.

Waring se contuvo a duras penas. ¿Cómo había podido obligar George a Elisa? Sintió impulsos de asir al contrabandista por el cuello y presionarle para que dijera la verdad. No era el momento. Una precipitación lo echaría todo a rodar.

Se sirvió más *whisky*, apurándolo de un sorbo.

—Casi podríamos echar unas manos de póquer. Es aburrido aguardar. Tengo ganas de marcharme para ir en busca de… ¡Lo vamos a pasar en grande!

Elisa Robin, desde la puerta, autorizó:

—No te detengas. El jefe acaba de marcharse. No hay nada más para vosotros. No volváis hasta que no se os avise.

La joven daba órdenes con la seguridad de quien pisa terreno firme. John Ritter fue a salir el primero, pero Waring le contuvo.

—Espera. Iremos juntos. Me agradaría que nos acompañara Madeleine. ¿Te atreves?

—¡Lo estaba deseando! ¡Cuidado!

Sperling había sacado la pistola, pero no pudo apretar el gatillo. Waring, de una patada en la muñeca, le arrebató el arma.

—¡Largo! No quiero matarte todavía…

El «gángster», viendo un brillo homicida en las pupilas de su rival, hizo lo que se le indicaba. George Sprigg dudaba. Las palabras de Waring le convencieron.

—Sal tú también. No pienso quitarte la novia.

—Entonces…

—¿Prefieres una bala?

El aludido obedeció. No le quedaba otro remedio.

—Cierra por dentro, Madeleine. Tú, Ritter, sal con ella por la escalera de incendios.

—Pero…

—Iré luego a reunirme con vosotros. Os aseguro que me lo agradeceréis. Yo me quedaré unos minutos.

Sin replicar, John Ritter y Madeleine Greeve salieron de la estancia.

—Asómate, Elisa. Verás un curioso espectáculo.

Abrieron la ventana que daba a La Salle en el momento que ponían pie en la acera William y George. Apenas avanzaron unos metros varios hombres les rodearon, encañonándoles con sus armas.

—Policía —comentó sarcástico Waring—. Sufren la suerte que reservaron para mí. Y ahora, misterioso jefe, charlemos un rato tú y yo. No nos molestarán.

—No te entiendo, Steve.

—Es bien fácil —replicó el aludido en un absoluto dominio de sus nervios—. Lograste engañarles a todos. No a mí. ¡Nunca imaginé que fueras tan miserable!

—¡Te juro que el jefe no soy yo!

—Dejemos eso para luego y contéstame a una pregunta. ¿Cómo se llamaba el viejo del hotel que habitabais en Halsted Street? ¿Quién le mató? De que me digas o no la verdad depende que te entregue a la policía. Mi tolerancia tiene un límite. No soy un

«gángster» corrompido, sino un hombre acusado injustamente de un delito.

Del bolsillo trasero del pantalón sacó una especie de petaca que depositó sobre un sillón. Era un modernísimo aparato de cinta magnetofónica que le había facilitado horas antes Joss Temple. La muchacha, abrumada por las duras palabras de Waring, no reparó en la maniobra, realizada con rapidez.

—Aquel hotel le alquilamos George y yo, contratando a un viejo «gángster», que se retiró joven sin que le fichase la policía, para que hiciera de criado nuestro. La historia de ese hombre es breve. Alcohólico contumaz, dio un golpe fabuloso, enriqueciéndose. Tuvo varios ataques y un médico le recomendó la vida sana, sin sobresaltos. Decidió vivir en paz los pocos años que le restaban. Los cuidados y la falta de preocupaciones le alargaron tanto la existencia que cuando aceptó el trabajo de Sperling se hallaba sin un dólar. Murió, sin duda, a manos de los dos que le guardaban. No hemos podido saberlo.

Waring sí conocía los hechos. Su amigo Joss Temple le comunicó gozoso que se había retirado la acusación que pesaba sobre él, pues, la bala albergada en el corazón del cadáver pertenecía a la pistola de uno de los «gangsters» muertos, el cual, creyendo tal vez haber sido traicionado, tuvo suficiente vida para vengarse.

—¡Sigue! —apremió Steve.

—Habitamos allí George y yo, simulando ser matrimonio, recibiendo órdenes del jefe, Douglas Forrest. Éramos los únicos que le conocíamos. Confiaba en nosotros. Una tarde nos mandó ir a Europa a traer brillantes. Yo no quería hacerlo, pero me obligó.

—¿Cómo? —interrumpió Waring.

—No puedo decírtelo. A mi regreso te conocí en el taxi. Sentía gratitud por haberme librado de ese monstruo. Luego…

Sollozó. Steve contuvo su impaciencia esperando a que la muchacha se calmara.

—Me enamoré de ti, pero… ¡era preciso que te sacrificara! Fui débil y te avisé aquella noche… ¡No me hagas decir más!… Mi apellido es falso.

—¿Por qué ibas a casarte con George?

—Me amenazó con revelar mi secreto.

Waring, hosco, cruel, afirmó:

—No te creo. Douglas Forrest no podía ser el jefe supremo porque ha muerto. Sperling me habló siempre de uno a quien nunca vio el rostro. Dime quién es el que nos ha dirigido en las sombras.

—Yo —sonó una voz a sus espaldas—. ¡Tira ese arma o mueres!

Sorprendido, Steve dejó caer la «*Parabellum*». Alzó el rostro y no pudo contener un grito de espanto y sorpresa al reconocer al que le amenazaba…

* * *

En el hotel que habitaba William, en la avenida Archer, se estaba desarrollando una auténtica batalla entre los «gangsters» y las fuerzas de la Metropolitana al mando del capitán Gilbert Ellis. Los forajidos se defendían desesperadamente.

El sargento Hugh Lynn, al frente de un grupo de cinco hombres, en un rasgo de valor, había conseguido franquear la verja situándose detrás de los árboles del jardín. Su jefe se le acercó, arrastrándose:

—No se expongan. Han ido por bombas de gases. No pueden escapar.

El tiroteo continuó. Un coche se detuvo y de él saltaron tres hombres de paisano al mando del inspector Temple. El F. B. I, entraba en acción.

—¿Qué hay, capitán?

—Esperando los lacrimógenos. ¡Quitémonos de la línea de tiro!

Joss sugirió:

—Intentemos algo —volvióse a uno de sus hombres y le dijo—: Monte el altavoz. Quiero hablarles.

En el techo del automóvil había una especie de boquilla a la que un agente enroscó un moderno amplificador que enlazaba con un micrófono.

—Ya está, inspector.

—Deme. Ordene un alto el fuego.

El capitán Gilbert Ellis transmitió lo deseado y los «gangsters» cesaron también en el tiroteo, inquietos por el súbito silencio de sus agresores. El altavoz comenzó a transmitirles el mensaje de la ley.

—Rendíos. William Sperling ha sido detenido con los restantes miembros del «gang». Os damos un minuto para decidir.

Repitió el mensaje y un silencio de muerte acogió las últimas palabras. La avenida Archer estaba taponada por los dos extremos. Policía motorizada impedía el acceso a vehículos y peatones.

Madeleine Greeve y John Ritter se salvaron providencialmente. De no ser por Waring estarían también en manos de la justicia. Cuando saltaron a la callejuela desde la escalera de incendios y al doblar la esquina de La Salle, vieron apresar al «boss» y a George Sprigg, comprendieron los propósitos de Steve. Ahora, ante la barrera de policía, al sentir que cesaban los disparos, el «gángster» dijo:

—Todo terminó.

Madeleine no respondió, limitándose a escuchar. Minutos después se reanudaba el tiroteo.

—Vámonos —sugirió Ritter.

El asalto no se hizo esperar. Las granadas estallaron dentro de las habitaciones.

Poco más tarde, el inspector Temple y Gilbert Ellis esposaban a los cuatro únicos supervivientes. Llamando por teléfono al hospital cercano para el envío de ambulancias. Sin embargo, la redada no había terminado aún…

CAPÍTULO VIII

—Te asombra verme, ¿verdad? No te he asesinado sin mostrarme a ti, porque no deseo destrozar el corazón de Elisa. Ella te ama y es buena.

El miserable, seguro del triunfo, jugaba con la «Browning», vigilando los movimientos de Steve, que sonreía. La muchacha, en un rincón de la estancia, contemplaba horrorizada la escena. Gimió:

—¡No le mates!

—Depende de él. Escúcheme, Waring. No pretendo asustarle. Sé que es usted un hombre decidido, superior a la cuadrilla de miserables que me rodea. Elisa no le ha mentido. Douglas Forrest era el jefe de la organización. Poseía unos documentos que me ataban a él y que me llevarían a la silla eléctrica. Le odiaba con toda mi alma. Decidí matarle cuando, con la amenaza de entregarme a las autoridades, enfangó a mi hija en el sucio asunto del contrabando de brillantes. La noche en que le vi entrar en compañía de Emily Bolt y de usted proyecté un plan que me dispuse a poner en práctica. Desde el dormitorio seguí paso a paso la conversación entre la cantante y Forrest. A ella también la tenía entre sus redes con una acusación falsa. El revólver con el que aseguraba mató a Richard Fox estaba cargado únicamente con pólvora. Prepararon la escena manchando un pañuelo con sangre.

—Entonces, ¿vive Richard Fox? —inquirió Steve.

—Sí. Es el dueño de una casa de juego en la calle Cincuenta y Siete. Pero volvamos a lo que interesa. Usted, ebrio, defendió a la muchacha golpeando a Douglas con el candelabro y huyó, creyendo haberle matado. Yo también supuse lo mismo y comencé a registrar la casa para encontrar los comprometedores papeles que no hallé. Eran unos datos de espionaje de la pasada guerra en que trabajé

para los alemanes. Decidí registrar el cadáver y le vi en pie, junto al teléfono, hablando con la policía. No dudé un minuto y con la misma arma que usted utilizó le descargué un segundo golpe, huyendo, luego de apoderarme de cuanto de valor pude encontrar y de ponerme de acuerdo con el criado de la casa vecina para que me preparara la coartada. Le ofrecí cinco mil dólares, dándole por anticipado la mitad.

Hubo una breve pausa. Wheaton, el mayordomo del abogado, el hombre que tanto buscó Steve para demostrar la legítima defensa de un asesinato que no había cometido, continuó:

—Me refugié en casa de mi hija, que aún no había regresado de Europa, esperándola, a fin de que entre los dos resolviéramos. Seguro de que nadie conocía la identidad del jefe, decidí suplantarle. En cuanto a usted, ordené a Sperling que le localizase. No me interesaba que le detuvieran. Era mejor que apareciese muerto sin poder declarar. El asunto consideraríase terminado. Liquidó a los dos hombres en el Michigan creyendo haber sido traicionado por el «boss». No hizo más que cumplir con lo que yo le mandaba y guardar el secreto. Elisa le salvó de una muerte cierta junto al hotel de la avenida Archer.

Me lo confesó. Luchaba con dos amores: el de su paire y el suyo. Su corazón está destrozado.

—¿Por qué suplantó la personalidad del jefe?

—Quise apoderarme de los dos envíos de diamantes y marchar después a Méjico a vivir en paz. Mi enfermedad no me permitirá llegar a viejo. Pese a mi aspecto, sólo tengo cuarenta y ocho años. Me estorbaba, Waring. No le denuncié a la policía. Debieron ser Sperling o Surigg. Los dos le odiaban.

—¿Por qué iba a casarse Elisa con ese miserable?

Fue la joven la que respondió.

—George conocía al verdadero jefe. Me amenazó ron contárselo a los muchachos primero y a la Metropolitana después. Hube de acceder.

Waring, deseando entrar en posesión del mayor número de detalles, que iba registrando el aparato magnetofónico, inquirió:

—¿Qué le indujo a arrastrar el cadáver de Douglas hasta su alcoba?

—Necesitaba justificar las manchas que había dejado Forrest en

el teléfono.

Wheaton calló, y Steve hizo trabajar veloz a su cerebro deseando evadirse de aquel callejón sin salida. Era su propósito de ganar tiempo, prosiguió:

—Al principio dijo que morir o no dependía de mí. ¿Quiere aclararme eso?

—Muy sencillo. Huya de los Estados Unidos. Si persiste en quedarse habré de matarle. Caso de ser detenido negaré cuanto le he dicho. Aunque enfermo ambiciono vivir. ¿Qué me contesta?

—Déjeme pensarlo. Es una proposición muy singular. ¿Qué persigue haciéndola?

—Herir lo menos posible el corazón de Elisa.

—De su hija, dirá usted.

—No, Steve. No es hija mía, sino de un íntimo amigo que murió en presidio. La recogí prometiendo velar por ella. Nunca se lo dije. Lo hago ahora para que su pena sea menor. Me marcho por la salida de incendios. No intente seguirme o le pesará. Es un consejo.

Cerró tras de sí la puerta que conducía a las habitaciones interiores. Waring, apoderándose del aparato de cinta magnetofónica y de la «*Parabellum*», abandonó la estancia, corriendo a la escalera. Apenas llegó al portal sintió en los riñones el duro cañón de una automática.

—¡Quieto! —le amenazaron mientras una mano ágil se apoderaba de su pistola—. Si haces el menor movimiento te dejo seco.

Steve maldijo por haberse dejado cazar tan estúpidamente y obedeció. La resistencia era suicida.

—¡Sube a ese taxi! —le ordenaron.

Antes de montar en el vehículo simuló tropezar, cayendo al suele. Se levantó dejando en el encintado el pequeño magnetofón.

Le llevaban a la muerte. Se convenció de ello al entrar en una casa de campo situada en los arrabales de Chicago y decirle Wheaton:

—Quise pasar por generoso delante de Elisa, pero era necio permitirte que vivieras. Por si fuera poco, intentaste capturarme.

—¡Cobarde!… ¡Eres un miserable!

—No me importan tus palabras. Dentro de unas horas, cuando caiga la noche, huiré en un hidroavión. Desde él arrojaré tu cadáver

al Michigan. ¡Encerradle! Le liquidaremos en el momento de marchar.

Los dos «gangsters», guardaespaldas de Wheaton, condujeron al joven a una habitación de la planta baja que carecía de ventanas.

—Yo me quedaré de guardia —dijo uno—. Pasadas dos horas vienes a relevarme.

—De acuerdo.

Steve Waring se consideró perdido. Aun suponiendo que la débil pista que dejó llegara a manos de Joss Temple, éste ignoraba el lugar donde le condujeron. Se dispuso a morir dando una lección de valor a Wheaton…

* * *

Elisa Robin, al ver que Steve se disponía a capturar al que amaba como a un padre, salió tras él, decidida a interponerse entre los que quería en evitación de una irreparable tragedia. Su asombro no tuvo límites al ver que dos «gangsters» llevaban a Waring a un coche, sin duda para asesinarle. Fue a gritar, pero se contuvo. Steve, al caer de bruces, sacó algo de un bolsillo tirándolo a la acera.

Anotó mentalmente la matrícula del vehículo, apoderándose del objeto.

Era un estuche de piel en cuya tapa había un enrejado y una pequeña palanca. En la parte superior derecha un escudo del F. B. I, y una inscripción: «Al inspector Joss Temple, sus alumnos. Marzo 1948».

Se decidió. No podía permitir que asesinaran a Waring.

Quince minutos después se apeaba de un taxi en la puerta de la jefatura de policía.

—Necesito hablar urgentemente con Joss Temple, de la Oficina Federal de Investigación —dijo al que le interceptaba el paso.

Su rostro denotaba ansiedad. Un hombre de paisano, luego de saber sus pretensiones, invitó:

—Siéntese. Interroga a unos detenidos.

El inspector tardó un rato. Elisa estrujaba sus manos con impaciencia.

—¿Qué le sucede, señorita? Estoy muy ocupado.

—¡Debe dejarlo todo y salvar a Steve Waring! Tenga.

Tendió el aparato magnetofónico al del F. B. I., que inquirió:

—¿Dónde lo encontró? Sargento…

—A sus órdenes.

—Saque una copia mecanográfica de lo que esté grabado en la cinta. Es urgente. —Luego, volviéndose a la muchacha, dulcificó el tono de voz.

—Y ahora, señorita, espero su historia.

—Procuraré ser breve. Me llamo Elisa Wheaton, aunque soy conocida por el apellido Robin —el inspector no pudo evitar un gesto de sorpresa—. Conocí a Waring en circunstancias extraordinarias…

Refirió punto por punto las actividades de la organización de contrabandistas, empezando con la jefatura de Douglas Forrest para terminar con la suplantación hecha por el que supuso su padre y la captura de Steve.

Temple la oía sin interrumpirla, fumando cigarrillo tras cigarrillo.

—Eso es todo, señor ¡Que Dios me perdone si obro mal!

—Ayudar a la justicia y salvar a un inocente son acciones que gozan de la protección divina. No lo dude. ¿No supone…?

Fue interrumpido por un policía portador de varias cuartillas escritas a máquina.

—Tenga, inspector. El sargento va a grabar un disco para evitar que un documento tan importante pueda extraviarse.

Temple tomó en sus manos lo que le llevaban y sus ojos recorrieron el escrito. Al terminar de leerlo se incorporó.

—Capitán Ellis. Póngase al frente de quince hombres y espere mis noticias. Comunique por radio a todos los vehículos de la Patrulla que vigilen las carreteras e informen sobre un taxi matrícula MCH-456 732 —se volvió a Elisa—. ¿No sospecha dónde le han llevado?

—Creo que sí. Ignoro las señas, pero yo les guiaré.

—Magnífico. Steve me habló mucho de usted, de su gran decepción al saberla complicada en el contrabando de joyas… No insistamos sobre ello. Lo importante es llegar a tiempo. ¡Vamos!

Cuatro coches de la Patrulla Móvil salían del garaje. Gilbert Ellis, ordenó a los dos agentes que le acompañaban:

—Acóplense como puedan en los otros vehículos.

—Deme el volante, capitán. Quiero que lea algo que le interesará.

Cambiaron de puesto y Joss Temple le tendió las cuartillas.

—Usted manda, Elisa.

—Vaya al Parque Lincoln y tome después Lake Shore Drive enfilando la carretera de Milwaukee.

Con un poderoso rugir de sirenas la caravana policíaca se abrió paso entre el enorme tráfico de Chicago…

* * *

Mientras tanto, en el *hall* del hotel frente al Michigan, Weaton consultaba nervioso su reloj de pulsera.

Sin saber la causa íbale invadiendo una secreta angustia, que aumentaba por segundos. Decididamente, hacía bien en apartarse de sucios negocios. Su salud se quebrantaba con las emociones.

Se asomó al ventanal que daba al lago. La noche comenzaba a vencer al crepúsculo.

Eran infundados sus temores. Nadie conocía aquel refugio. ¿Nadie? ¡Sí! ¡Elisa! Ella fue con George Springg y Forrest a pasar allí un fin de semana.

Salió de la habitación llegando a otra más reducida donde un individuo bebía grandes tragos de *whisky*.

—Matad al prisionero y dejadle donde está. Hemos de huir.

—¿Hay peligro?

—Puede haberlo. Obrad con rapidez. Os espero en la orilla del lago, junto a la canoa.

—De acuerdo, jefe.

El «gángster» anduvo por uno de los pasillos diciendo a su compañero, que montaba la guardia:

—Hay que liquidarle.

Los dos hombres, esgrimiendo sus revólveres hicieron girar la llave. Waring, de pie, con las manos a la espalda, les vio entrar.

—¿Ha llegado mi hora?

—Sí.

—Os hago una proposición. En el bolsillo de la americana tengo cincuenta mil dólares en billetes grandes. Os los daré si me dejáis con vida.

—Gracias por el informe. Los cogeremos después que hayas muerto.

El que hablaba, alzó el arma apuntando al corazón de Steve, que no pestañeó. Deseando ganar más tiempo, dijo:

—Sé dónde hay dinero. Me quieren liquidar por eso. Wheaton lleva encima más de…

Los «gangsters» quedaron asombrados de la rapidez con que obró el que creían con las muñecas firmemente ligadas, el cual se abalanzó contra ellos, despreciando la muerte.

Un revólver tronó dos veces y Waring sintió un brusco choque en el pecho, desplomándose.

—Vámonos —mandó uno de los forajidos.

—No será sin que antes nos llevemos esa cantidad.

Le registraron, apoderándose de los billetes. En el suelo se agrandaba un charco de sangre.

Wheaton les salió al encuentro.

—¡Idiotas! Debisteis usar un puñal. Seguidme.

Salieron al jardín dirigiéndose a un pequeño embarcadero donde había una gasolinera. Iban a montar en ella cuando vieron avanzar dos lanchas patrulleras.

—¡Corramos! Es posible que vengan por nosotros.

Precipitadamente se internaron en un bosquecillo próximo, ocultándose.

—Esperaremos aquí al hidroavión. Subíos a un árbol y vigilad. Conviene extremar las precauciones.

Wheaton, fatigado, a novó su cuerpo enfermo en un grueso abeto, respirando al ver alejarse a los representantes de la ley. Se llamó cobarde. George Springg quería a Elisa y no iba a delatarle.

Ya era de noche. En las sombras tenía más posibilidades de escapar.

Su corazón, embotado por el odio al saberse inferior a sus semejantes, enfermo para toda una vida, sólo había latido para la envidia y el rencor. Su único acto generoso fue recoger a Elisa dándole su apellido y protegiéndola. La madre de la muchacha falleció en el parto. El padre no era un profesional de la

delincuencia sino un pobre de espíritu, que se dejó engañar por el espejuelo de la fácil riqueza. Murió en la cárcel. A partir de aquel momento puso su enfermiza ternura en un ser aún más desgraciado que él y llegó a querer a la niña como si fuera su propia hija.

Consultó su cronómetro. Faltaban quince minutos para que el avión se posara sobre las aguas del Michigan.

* * *

Apenas abandonaron la ciudad, enmudecieron las sirenas.

—¿Falta mucho? —preguntó Temple sin apartar la mirada de la carretera, que parecía estrecharse conforme pisaba el acelerador.

—No. Tuerza por la primera desviación de la derecha. Desde allí hay media milla.

Poco después los vehículos se detuvieron en el sitio indicado por la muchacha, a unos doscientos metros de su objetivo.

—Iremos a pie, capitán. Conviene sorprenderlos. Disponga grupos para que rodeen la casa. Mándeme al sargento Hugh Lynn. Procuraremos entrar sin que nos vean. Ustedes aguarden nuestra señal, que será un disparo. Si tardamos más de diez minutos comience el asalto.

Gilbert Ellis no replicó, dando las oportunas instrucciones.

El inspector del
F. B. I.
esgrimía su inseparable «Germán Luger».

No tardaron en llegar a las inmediaciones del edificio. Mientras los hombres se desplegaban Temple recordó al capitán de la Metropolitana:

—Cronometre, Gilbert.

Seguido del sargento avanzó con cautela alcanzando la pared que separaba el jardín del exterior.

—Súbase a mis hombros, Hugh, y vigile.

—Parece que no hay nadie, inspector.

—No nos fiemos, sargento. ¡Vamos! Si tiran sobre nosotros, Ellis nos vengará.

Con absoluto desprecio del peligro, Joss Temple caminó hasta la entrada de la casa, que traspuso, comenzando a registrar las habitaciones del piso bajo. Al penetrar en una de ellas no pudo

contener un grito de espanto. A sus pies, bañado en sangre, estaba Waring, sin dar señales de vida.

—¡Steve…! ¡Steve!

No obtuvo respuesta. Angustiado se inclinó sobre su amigo. Oyó un débil gemido y gritó:

—¡Dispare, sargento! Tenemos que salvarle.

Hugh Lynn hizo lo que se le indicaba y segundos después el hotel se llenaba de hombres armados.

—Lynn, encárguese de llevarle a la ciudad. Que Elisa le acompañe.

—A la orden.

Hugh corrió al *hall* gritando al primer policía que encontró:

—Venga conmigo.

Joss Temple conversaba con el capitán de la Metropolitana.

—No hace mucho que le hirieron. La sangre del suelo no está coagulada. Telefonee a Chicago para que envíen refuerzos. Hemos de registrar el terreno palmo a palmo.

Tardaron unos minutos en obtener comunicación con Jefatura.

—No hay nadie en la casa —informó un oficial.

—Bien. Registre el bosque por la carretera. Yo lo haré por el centro, y usted, capitán, por la orilla del lago. Tiren a matar. Nos enfrentarnos con asesinos sin escrúpulos…

* * *

Elisa, en el interior del vehículo, con la cabeza de Steve sobre sus rodillas, gritó a Hugh Lynn:

—A prisa. Se muere.

El sargento pisó más el acelerador, con riesgo de estrellarse, respondiendo:

—Entramos ya en Chicago. No tardaremos.

Diez minutos después frenaba bruscamente a la puerta del hospital San José.

Todo se realizó con la máxima rapidez. Un cirujano examinó la herida de Steve.

—Llévenle al quirófano. Hemos de operar.

La muchacha les siguió, siendo detenida por una enfermera.

—Espere en el pasillo. No puede entrar en la sala.

Hugh Lynn preguntó a Elisa:

—¿Me necesita? Creo que seré más útil uniéndome al capitán.

—Váyase.

El sargento salió y montando en el automóvil se dirigió al lugar donde presentía se estaba desarrollando la lucha. Pensó en la muchacha y no pudo evitar un vivo sentimiento de simpatía.

Elisa, a la puerta del quirófano, paseaba nerviosa, incapaz de permanecer quieta un segundo.

—Tranquilícese —le dijo una enfermera—. Voy a informarme del curso de la operación.

Desapareció tras una puerta de cristales esmerilados regresando a los pocos minutos.

—Todo va bien.

—Gracias, señorita. Es usted muy amable.

—¿Cómo ha sido el hecho? En sus muñecas hay huellas de ligaduras.

—Una lucha entre policías y «gangsters» —respondió Elisa, que no deseaba dar demasiadas explicaciones.

—El mismo caso que el de Emily Bolt. La infortunada acaba de morir.

La muchacha palideció intensamente.

—¿Quién la acompañaba?

—La hermana del que la asesinó. La pobre ha pasado unos días atroces.

Se apoyó en la pared para no caer. Steve, al referirle parte de su vida, mencionó la abnegación de Elena y el cariño que dispensaba a la cantante.

—Llámela. He de hablarla.

—Pero…

—¡Hágalo…! Se lo suplico.

Obedeció la enfermera, encogiendo los hombros en un claro gesto de incomprensión, y Elisa quedó de nuevo sola con sus pensamientos.

—¿Me llamaba?

La muchacha se sobresaltó al oír la pregunta.

—Sí. Quiero ser la primera en decirle que se ha probado la no culpabilidad de Steve.

—¿Dónde está él? ¿Cómo lo sabe?

—Le han herido. Curará.

Intentaba infundir a la joven una confianza que no sentía.

—¡Lléveme con él! —rogó Elena.

—Sólo nos separa una pared. Le extraen un proyectil. Sea valerosa.

Elisa, considerándose culpable indirecta de la desgracia que afligía a los Waring, condujo a Elena a una sala. Luego, con voz dulce, le explicó lo ocurrido. Al terminar, gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—Comprendo que usted no pueda quererme. He sido a la vez víctima y culpable. Le pido permiso para permanecer a su lado. ¡Amo a Steve con toda mi alma!

Elena miró a la que le había hablado con tanta sinceridad y abriendo sus brazos la estrechó contra su corazón.

En el quirófano, los cirujanos luchaban por salvar una vida…

CAPÍTULO IX

El estampido restalló en el bosque como un trallazo. Los dos «gangsters» bajaron del árbol situándose al lado de Wheaton.

—Ha sido en la casa. ¿Qué hacemos, jefe?

—No perder la serenidad. Haced fuego sólo en último extremo.

Los tres hombres, con las armas empuñadas, caminaron muy despacio hasta el lago, deteniéndose en la orilla, en el momento en que se escuchaba el motor de un avión.

—¡Ya vienen! —dijo gozoso Wheaton.

El hidro describió una curva, comenzando a perder altura.

—¡Cuidado! —avisó uno de los guardaespaldas—. Se oye ruido por la carretera.

Retrocedieron apresuradamente, ocultándose detrás de los árboles. A unos cincuenta metros pasaron dos policías, empuñando ametralladoras «Thompson».

Los forajidos permanecieron inmóviles. El jefe murmuró:

—Hemos de llegar a nado al aparato.

Avanzaron decididos. Un juramento brotó de los labios de Wheaton. Dos lanchas patrulleras se acercaban al avión. Con los ojos agrandados por el pánico vieron que el hidro intentaba remontar el vuelo y era acribillado a balazos por las ametralladoras de proa de las embarcaciones de la ley. El depósito de gasolina estalló, incendiándose.

—¡Huyamos! En la carretera nos aguarda un automóvil.

Apenas dieron unos pasos tropezaron con tres policías.

—¡Alto!

Dieron la respuesta en plomo. Los bravos representantes de la autoridad cayeron a tierra.

Joss Temple fue el primero en llegar a los cadáveres. De una

ojeada se convenció de que nada se podía hacer por ellos.

—Nos interesan vivos. No os precipitéis. Están rodeados.

Wheaton, comprendiendo que no podrían llegar al automóvil, dijo en un susurro:

—Subámonos a un árbol. Tal vez se cansen de buscarnos.

Desde su observatorio vieron pasar a tiro de su pistola a numerosos agentes.

El corazón palpitaba en el pecho de los «gangsters».

—Creerán que escapamos —comentó Wheaton.

No contaba con la tenacidad del inspector Temple.

—Que no se desanimen los muchachos, capitán. No han podido salir del bosque porque el cerco es completo. Voy a telefonear a Chicago.

Desde Jefatura le dijeron que enviaban diez coches con personal especializado.

—¿Traen reflectores? —preguntó.

—Sí.

—Gracias. Estaré en contacto con ustedes.

Joss marcó otro número:

—¿Escuela de Policía? Con el comisario Burleigh. —Oyó el ruido de las clavijas de la centralita y un vozarrón le hizo sonreír—. Oiga, aquí Temple, del
F. B. I.
Necesitamos perros. Hemos cercado en un bosque a varios malhechores. Han muerto tres policías.

—Iré yo a llevárselos. ¿Señas?

El inspector se las facilitó para dirigirse después al encuentro de Gilbert Ellis e informarle de lo que acababa de hacer. El oficial de la Metropolitana sugirió:

—Es casi seguro que están ocultos en los árboles. No hay palmo de terreno sin explorar.

—Esperemos con calma. ¡Viene un automóvil!

El sargento Hugh Lynn, cuadrándose, informó a su superior:

—Sin novedad, mi capitán.

—¿Y Waring?

—Llegó vivo al hospital. Allí no era útil y me apresuré a venir.

Temple respiró aliviado.

—Hizo bien. No hay forma de dar con esos canallas.

Hugh, pistola en mano, se incorporó al grupo mandado por el teniente.

La luna aún no había surgido. La luz de las estrellas se quebraba en las altas copas de los árboles.

Lynn aguzó el oído. Algo acababa de caer junto a él.

Se agachó y, no ignorando a lo que se exponía, enfocó la luz sobre una rama.

—¡Atención! ¡Les tenemos encima!

Dejó caer la linterna, tirándose a tierra. Trataba únicamente de hacer perder los nervios a sus enemigos si su hipótesis era cierta. Y así fue. Uno de los «gangsters», el mismo que al moverse permitió que fueran descubiertos, disparó por dos veces su revólver.

—¡Imbécil! —bramó Wheaton.

El infierno pareció desatarse en el bosque. Tronaron las ametralladoras disparando en ráfagas al lugar de donde partieron los fogonazos, y dos cuerpos cayeron sin vida, mientras el que fue mayordomo de Douglas Forrest, milagrosamente ileso, saltaba al árbol contiguo y desde allí a tierra.

Se detuvieron desorientados los policías. Hugh Lynn comentó:

—Si tuviésemos reflectores…

—Aquí están —dijo una voz a su espalda.

Los grandes focos entraron en acción. Wheaton no se hallaba en parte alguna.

—Son muy tupidas las ramas. Debe haberse escondido en lo alto. Por fortuna el comisario Burleigh está al llegar con perros.

Transcurrieron, lentos, los minutos. Wheaton, en la copa de un espeso árbol, sudaba de miedo, sin moverse. Desde el lugar que ocupaba sentía el rumor de las conversaciones. Se estremeció. Acabarían capturándole. Pensó en la «silla», con sus abrazaderas mortales, en el silencio de la cámara de la muerte, en los testigos que clavan sus ojos en el condenado con terror y compasión… ¡No! Era preferible acabar de un balazo.

Recordó a Elisa y al miserable de Douglas Forrest y no pudo menos que sonreír con ironía al repetirse las palabras del último especialista: «Vivirá escasamente unos meses». No se equivocó el facultativo; pero su fin iba a ser distinto al que imaginara. Una bala.

El minutero de la eternidad comenzaba a latir en el pecho del miserable.

¿A qué esperarían?

—Ríndete y se te juzgará —le dijeron por un altavoz—. Es inútil que intentes escapar. No sacrifiques más vidas humanas.

Wheaton no respondió y el silencio de la noche fue roto por el ladrido de los grandes mastines que arañaban el tronco del árbol, olfateando la presa.

—Dentro de un minuto dispararemos en ráfagas —le avisaron de nuevo.

Wheaton miró angustiado a su alrededor y asiéndose a la rama inmediata saltó a tierra. El inspector del
F. B. I.
ordenó:

—¡Fuego!

Crepitaron las ametralladoras y los reflectores cruzaron sus luces para localizar al que huía.

El estruendo era ensordecedor. Los perros, adiestrados expresamente para la lucha contra los indeseables, corrieron.

Perdida totalmente la sangre fría, en un rasgo de locura homicida, Wheaton rugió:

—¡Malditos!

Y mostrándose a sus enemigos vació sobre ellos el cargador de la pistola. El capitán Gilbert Ellis disparó una sola vez. Con un grito de agonía el criminal cayó a tierra. En el acto los reflectores le iluminaron y Joss Temple, deseando arrancarle alguna declaración, le interrogó:

—¿Mataste a Forrest?

—Sí… Le odiaba… Elisa…

Una bocanada de sangre cortó sus últimas palabras. El inspector, sombrero en mano, dijo:

—Ha pagado al más alto precio su carrera de delitos. Sargento, me llevo su coche. ¿Quiere algo, capitán?

—Sí; que comunique a los periodistas la inocencia de ese muchacho. Ha vivido unos días de pesadilla.

—Gracias a él, no lo olvide, hemos capturado al asesino de Douglas Forrest.

Se alejó, con el corazón entristecido. La muerte le impresionaba, aunque cortara el hilo de la existencia de un malvado.

Inquieto por la suerte de Steve Waring, pisó el acelerador

dirigiéndose al hospital San José.

—¿El médico de guardia?

—Al final de este pasillo, a mano derecha —le informaron.

—Gracias.

No llegó a su destino. Unos brazos femeninos se anudaron a su cuello, murmurando:

—¡Joss…!

—¡Elena…! ¿Y tu hermano?

—Fuera de peligro. A la cabecera de su cama está Elisa Wheaton. Emily murió.

—¡Pobre muchacha!

—Será feliz desde el más allá viendo que su sacrificio no ha sido estéril. Vamos.

Dulcemente enlazados, entraron en un cuarto del piso primero. El joven aún estaba bajo los efectos de la anestesia.

—Ve a descansar, Joss. ¡Estarás rendido!

—Aguardaré. No te alarmes. Su inocencia no admite dudas. Apenas se reponga nos casaremos. ¡Bastante hemos demorado nuestra felicidad!

Elisa Wheaton enjugándose una lágrima miró a Steve Waring con infinita ternura…

CAPÍTULO X

La ceremonia se celebró con sencillez. Fueron testigos el capitán Gilbert Ellis y el sargento Hugh Lynn, apadrinando a los contrayentes Elena Waring y Joss Temple.

En la casa del inspector, todos brindaron por la felicidad de los novios.

El ambiente, de grata intimidad, fue roto por el repiqueteo del timbre del teléfono. Hugh Lynn descolgó el aparato, tendiendo el auricular a Steve.

—Es para usted.

Asombrado, el joven le tomó, inquiriendo:

—¿Quién llama?

—John Ritter —le respondió una voz conocida al otro lado del hilo—. No me atrevo a presentarme ahí pero quiero que sepas que Madeleine y yo te deseamos lo mejor. Reharemos nuestras vidas.

—Me alegro. Dile que se ponga.

Hubo una breve pausa al otro extremo del hilo.

—Hola, Steve. Te has ganado la dicha. Perdóname si indirectamente te hice algún daño. Ya has oído a John. Adiós.

—Suerte.

Waring colgó el auricular, quedando unos segundos pensativo. Elisa le preguntó:

—¿Quién era?

—Un buen amigo. El pasado acaba de morir.

Bebieron en silencio. Steve, atrayendo hacia sí a la que ya era su esposa, dijo:

—Siento no poderte ofrecer un porvenir mejor. Es lo único que me apesadumbra.

Joss Temple, que le había escuchado, consultó en alta voz:

—¿Le damos ya la sorpresa?

Todos asintieron, alegres. El inspector ordenó:

—Vayamos allá.

—¿De qué se trata, Elena?

—No debo decírtelo. No me pongas en un compromiso.

En dos automóviles descendieron por la Wester Avenue, doblando por la calle Dieciséis hasta la avenida Island, deteniéndose ante un moderno garaje.

—Es tuyo, Steve. En los tres meses que guardaste cama, Gilbert, Hugh y yo nos preocupamos de instalarlo. Hemos invertido nueve mil dólares de la recompensa, que a ti sólo pertenece. Los otros mil están a tu nombre en el First National Bank. ¿Qué te parece? Es nuestro regalo de boda.

Steve Waring, incapaz de pronunciar ni una sola palabra, estrechó emocionado las manos de los tres hombres y luego recorrió el moderno taller y las instalaciones, encontrándolas perfectas. Se volvió a Elisa.

—¿Sabías tú algo?

—No —intervino Joss Temple—. La Fortuna premia tus horas de angustia…

Los esposos se miraron sonrientes, felices. Les aguardaba un futuro de dicha…

FIN



Alar Benet nació en Madrid, España en 1923.

Pseudónimo utilizado por Juan Alarcón Benito, prolífico escritor en toda clase de géneros con publicaciones editadas desde los años 50 hasta finales del pasado siglo.

Otros pseudónimos utilizados: Andrea Melotti, Fatt Rowner, John Strong, July Bungler, Magda de Medrano y John A. Lakewood.

Así mismo fue uno de los dos guionistas de la celebrada serie de Televisión Española emitida entre 1971 y 1974 titulada «Crónicas de un pueblo» en la que se narra la vida cotidiana de un pueblo tipo de España en el tardofranquismo. Ésta fue la primera serie dirigida por Antonio Mercero en TVE.

En la biblioteca nacional de España consta como autor de 564 obras y como partícipe de otras 71.

Notas

[1] En el parque Lincoln está el parque zoológico de Chicago. < <